EL ASTEROIDE ASESINO

glenn parrish

CIENCIA FICCION

Aventuras galácticas con piratas espaciales, naves asaltadas, corrupción, asesinatos, abusos de poder, robos e incógnitas sobre el misterio que envuelve la piratería.

Un detective espacial tratará de resolver el misterio con su ingenio, intuición, conocimientos, inteligencia y recursos técnicos.

Glenn Parrish

El asteroide asesino

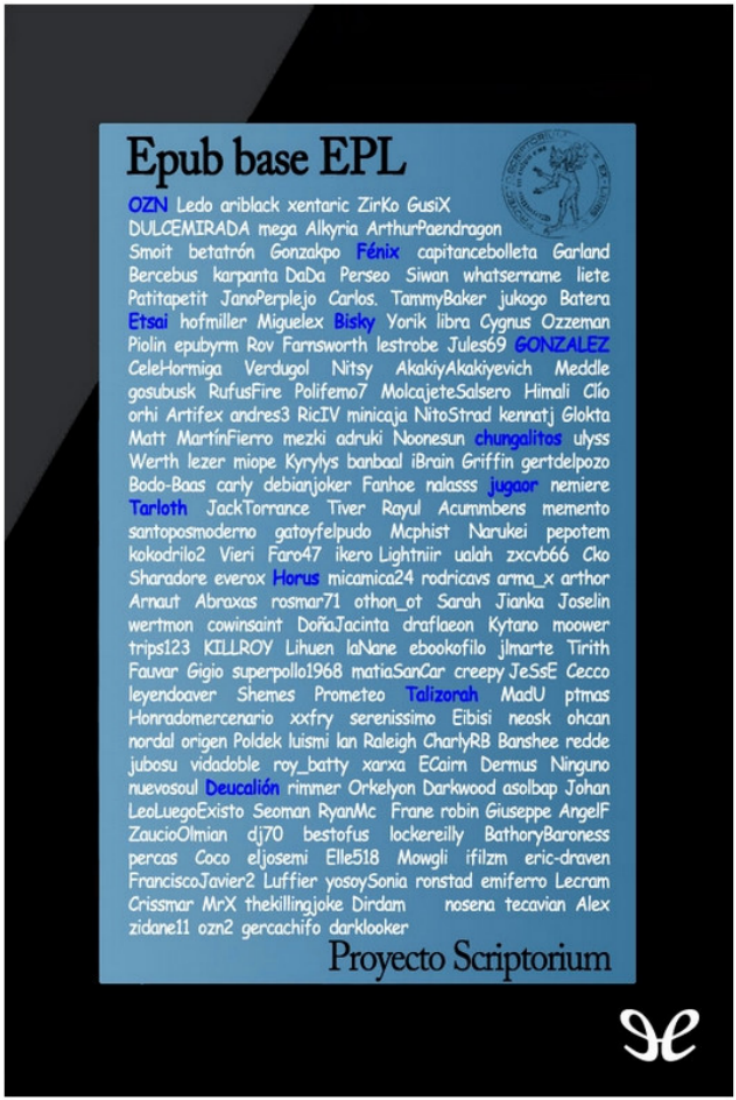
Bolsilibros: La Conquista del Espacio - 281

ePub r1.0
Titivillus 24.04.2023

Glenn Parrish, 1974

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

X Aniversario



Primera portada para el Epub base, creada por orhi

CAPÍTULO PRIMERO

A bordo de la astronave, todo marchaba perfectamente, sin la menor sombra de dificultad.

El oficial de guardia estaba en el puente de mando. Los tripulantes, no muy numerosos, descansaban. El capitán, en su cámara, leía apaciblemente un libro antiguo.

De pronto, el oficial de guardia creyó ver un destello en el radar. Él destello, sin embargo, duró sólo unos segundos.

El oficial de guardia se sintió preocupado. Había oído hablar…, pero, claro, eso no les podía pasar a ellos. Además, lo que había oído no eran ni siquiera rumores. Vagas sospechas, todo lo más.

El destello en el radar no se había reproducido de nuevo. Pero el oficial de guardia continuaba intranquilo.

Algo tenía que hacer y lo mejor era, se dijo, informar al comandante de la nave.

—Capitán —llamó a través del interfono.

—Sí —contestó el aludido.

—He visto algo raro… Por favor, me gustaría hablarle, señor.

—Sí, ahora mismo.

El comandante de la nave apareció a los pocos momentos en el puente. Era un hombre de buena estatura, fornido y de unos cincuenta años de edad.

—Dígame lo que ha visto, teniente —pidió.

—Sí, señor. Un destello en el radar, de apenas medio segundo. Distancia, tres cinco seis. Ángulo, con el eje de órbita, un grado y medio.

—Hum —dijo el capitán—. Estaba a once millones quinientos sesenta mil kilómetros… ¿Se le ha ocurrido conectar el telescopio visual?

—Perdón, señor…

—Es lo primero que debía haber hecho, cuando notó algo extraño. Y, además, con el máximo de aumento. En fin, conecte el telescopio.

—Sí, señor.

Instantes después, se encendía una enorme pantalla, situada a la izquierda del panel principal de mandos. En los bordes de la pantalla había líneas de graduación que, con respecto al aumento visual utilizado en cada ocasión, daban la distancia instantáneamente.

El capitán y el oficial de guardia se quedaron sin habla.

Llenando casi por completo la pantalla, había aparecido la imagen de un colosal pedrusco, de forma irregular, que volteaba lentamente en el espacio, aunque se desplazaba con enorme velocidad, según podía apreciarse por las cambiantes cifras de la computadora de distancias, que la medían casi automáticamente.

—¡Lo tenemos encima! —gritó aterrado el oficial.

—Maldito imbécil… Dé la alarma ahora mismo —ordenó el capitán—. Yo voy a intentar un viraje, a fin de evitar la colisión.

La astronave se desplazaba en aquellos momentos a velocidades sublumínicas, pero muy cercana al límite máximo, unos doscientos ochenta mil kilómetros por segundo. Desesperado, el capitán rogó para que el viraje que iba a iniciar, y que no podría tener, en los primeros momentos, alcance superior a una décima de grado, surtiera los efectos que deseaba.

Mientras tanto, los timbres de alarma sonaban en la nave, llamando a los tripulantes al cuarto donde guardaban los trajes espaciales. El oficial de guardia, espantado, huyó de pronto.

También quería salvar su vida con un traje espacial. En el puente de mando sólo quedó el capitán, aferrado a los controles, con la vista fija en la pantalla, que mostraba continuamente los aterradores progresos del asteroide.

Y, de repente, el pedrusco espacial se hizo visible a ojo desnudo.

Sin embargo, fue una visión muy fugaz, dadas las velocidades contrapuestas de la astronave y el asteroide. El capitán inspiró con fuerza. La estupidez de un oficial novato les había conducido a la catástrofe.

En realidad, la colisión no se produjo de frente. Y ni siquiera fue

colisión, sino un simple roce, tan débil, en proporción, como el de un mechón de pelo sobre la mejilla. Fue el encuentro de dos cuerpos, que seguían trayectorias distintas, con un ángulo no superior a los dos grados y con una superficie de contacto mínima.

El trozo de asteroide que rozó la nave no era mayor que una cabeza humana, pero el contacto duró casi de proa a popa y produjo un terrible desgarrón, de unos treinta centímetros, por setenta u ochenta metros, a través del cual escapó el aire instantáneamente.

El mismo roce inutilizó los mecanismos de funcionamiento automático de los mamparos de seguridad. Durante unos brevísimos instantes, sonaron algunos gritos de terror.

En el puente de mando, el capitán se sintió invadido por el terrible frío del espacio exterior.

Luego, todo fue silencio.

Uno de los tripulantes, sin embargo, consiguió sobrevivir, porque había tenido tiempo suficiente para ponerse el traje de vacío.

* * *

La hermosa joven se detuvo ante la puerta, en la que se veía un rótulo de metal, con nombre grabado en el mismo, y tocó el timbre. Aquellos grandes ojos, de pupilas grises, muy claras, leyeron el nombre del ocupante del departamento:

J.
HERNDON. INVESTIGADOR ESPACIAL.

La puerta se abrió a los pocos segundos. Un hombre alto, de excelente apariencia y vestido con sobriedad, apareció ante la joven.

—Señor Herndon… —dijo ella.

—Sí, señorita.

—Imyria D'Nyr —se presentó la visitante—. ¿Puedo pasar?

—Está usted en su casa.

Ella entró. Era bastante alta y su cabello leonado estaba cortado como el de un paje medieval. Vestía una blusa cerrada, pero sin mangas ni espalda, pantalones cortos y blandas botas de media caña y tacón no demasiado elevado.

—Deseo contratar sus servicios, señor Herndon —dijo Imyria.

Herndon estaba preparando dos copas.

—¿Motivos? —preguntó.

—¿Ha oído hablar alguna vez del asteroide asesino?

—No, señorita. ¿Qué sucede?

Imyria tomó la copa que le ofrecía.

—Hace algunas semanas, ese asteroide colisionó con la nave que mandaba mi padre, el capitán Rton
D'Nyr,
y de la que tenía una participación, en calidad de copropietario, equivalente al veintidós y medio por ciento. A excepción de uno, todos los tripulantes de la nave murieron como consecuencia del choque, que produjo la descompresión instantánea.

—Siga.

—Hasta ahora, son cuatro las naves que han chocado con ese asteroide. En todas ellas, excepto en la que mandaba mi difunto padre, se había producido la muerte de sus tripulantes. Sólo ahora se ha sabido lo siguiente: primero, el impacto no destruye la nave, solamente la avería irreparablemente, pero mata a sus tripulantes. Segundo, la nave es saqueada a continuación y despojada de la carga que transporta.

—Interesante —comentó Herndon.

—El tripulante que consiguió salvarse, tuvo la suficiente prudencia para esconderse cuando vio que la astronave era invadida por unos desconocidos, quienes transbordaron toda la carga a otra nave próxima. Ese hombre vio luego que la astronave averiada era enviada contra la superficie de un planeta próximo. Afortunadamente, había quedado un bote salvavidas y, cuando estuvo solo nuevamente, pudo escapar. En cuanto le fue factible, vino a verme.

—Siga.

Imyria frunció el ceño.

¿Por qué se mostraba tan frío y desapasionado el famoso detective espacial?

¿No era un caso digno de prestarle la mayor atención? ¿O acaso aquel hombre carecía de sentimientos?

—Raguin Marvy, es decir, el superviviente, había oído hablar del asteroide asesino. Cuando vio el saqueo de la nave, presintió

que, si decía antes de tiempo lo que sabía, incluso si se le ocurría pedir socorro por medio de la radio de emergencia, podía ser asesinado. Por eso esperó hasta hallarse en seguridad.

—Comprendo —dijo Herndon.

—Deseo que se encargue usted del caso —manifestó Imyria—. Puedo pagar sus honorarios y anticiparle la suma que estime necesaria para los primeros gastos. No es tanto el deseo de recobrar la carga, como de vengar la muerte de mi padre.

—Hacer justicia.

—Sí.

—Me encargaré del caso… del caso… del caso… del caso… del caso…

Imyria se quedó atónita.

Herndon tenía la copa en la mano, de la que no había probado una sola gota. Como un disco rayado, repetía:

—Del caso… del caso… del caso…

De pronto, Imyria comprendió la verdad.

—¡Es un robot!

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

Se habían burlado de ella.

Furiosa, sin poder contenerse, levantó el pie derecho y golpeó la rodilla izquierda del robot. Luego dio media vuelta y echó a correr, ahogándose en sollozos.

Una hora más tarde, un hombre entró en el departamento.

John Herndon frunció el ceño al ver al robot parado en el centro de la espaciosa sala, con una copa en la mano y repitiendo sin cesar:

—Del caso… del caso… del caso…

—Maldición —gruñó Herndon entre dientes—. Otra vez se ha estropeado ese condenado circuito parlante.

Se quejaría a la constructora del robot, vaya si se quejaría. Pero, mientras tanto, no le quedaba otro remedio que solucionar por sí mismo la avería.

Lanzó un suspiro y se acercó al robot. Buscó el interruptor y desconectó la pila de energía, que ponía en funcionamiento todos los mecanismos de aquel maravilloso doble suyo.

La avería era fácil de solucionar, en efecto, pero volvería a surgir en el momento menos esperado. No había otro remedio que encargar un nuevo circuito, pero esta vez iría él a la fábrica y se

encargaría personalmente de una revisión realmente efectiva.

Por ahora, sin embargo, podía escuchar todo lo que el robot había grabado. Resultó una audición de gran interés.

Media hora más tarde, Herndon volvía a salir de su casa. Sesenta minutos después, alguien llamó a la puerta.

El robot podía funcionar, aunque no grabar lo que dijeran los visitantes y sus respuestas.

—Pase —dijo.

La puerta se abrió. Un hombre apareció en el umbral.

—¿Herndon?

—Sí.

—Lo siento, no es nada personal.

El hombre sacó una pistola, cuyo cañón parecía el de un obús de montaña. En realidad, disparaba proyectiles de dieciséis milímetros, autopropulsados, lo cual evitaba el retroceso, que habría roto inevitablemente el brazo del tirador.

El cañón del arma estaba rematado en un enorme silenciador. Un dedo índice apretó tres veces el disparador.

Saltaron por los aires trozos de metal y plástico. El asesino se quedó estupefacto.

—¡Maldición, es un robot!

Aquel montón de ruinas humeantes, que yacía en el suelo, aún conservaban algún circuito intacto, pese a los destrozos que los proyectiles explosivos habían causado en su «organismo».

—Sí, señor, soy un robottttttt…

Esta vez, los circuitos parlantes se habían estropeado definitivamente.

El asesino se sintió invadido de repente por un pánico espantoso. Dio media vuelta y escapó. En el suelo, la voz del robot seguía sonando:

—Tttttttt…

Era lo único que podía decir ya.

Capítulo II

El hombre llamó a la puerta del modesto apartamento y aguardó unos instantes, hasta que su ocupante abrió. Éste era un sujeto de unos treinta y cinco años, de mediana estatura y rostro triangular, en cuyos ojos se divisaba una expresión de recelo continuo.

—¿Es usted Raguin Marvy? —preguntó el visitante.

—Sí. ¿Qué desea?

—Sólo una cosa, Marvy.

El visitante sacó una pequeña pistola. Una aguja voló, tras un leve chasquido, y se hundió en el tórax de Marvy.

La aguja medía tres centímetros de largo por un milímetro de grueso y estaba hueca. Además, había sido fabricada de una sustancia que facilitaba una rápida disolución, una vez en contacto con los jugos naturales del organismo.

—Marvy, olvide todo cuanto sucedió a bordo de la *Nikkaid*.

—Sí, señor —contestó Marvy.

El visitante dio media vuelta y se marchó. Marvy cerró la puerta de su piso.

Una hora después, alguien llamó de nuevo.

Marvy abrió.

—No sé nada de la *Nikkaid* —dijo con voz sin expresión.

Herndon respingó.

—¿Cómo ha dicho, Marvy?

—No sé nada de la *Nikkaid* —repitió el aludido, con los ojos fijos en un punto invisible.

De pronto, acometido por una sospecha, Herndon alargó las manos y abrió la camisa de Marvy, quien no opuso la menor resistencia. A los pocos segundos, Herndon tenía ante sus ojos el diminuto orificio causado por la aguja.

—Ahora lo comprendo —murmuró—. Raguin, ¿puedo usar su videófono? —consultó.

—Sí, señor.

Herndon penetró en el departamento. Marvy fue a un sillón y se sentó con expresión ausente.

Instantes después, se encendía la pantalla del videófono. Imyria D'Nyr
se asombró enormemente.

—¡Usted! —dijo.

—En efecto —contestó Herndon—. Arréglese y vaya inmediatamente a mi casa.

—Pero…

—Haga lo que le digo.

Herndon tocó la tecla de desconexión y la pantalla se apagó. Luego se volvió hacia Marvy.

—Raguin, venga conmigo —ordenó.

Marvy se puso en pie.

—Sí, señor.

Una hora después, Herndon abría la puerta de su residencia. Desde el umbral, Imyria le dirigió una mirada recelosa.

—¿Es usted o su robot? —preguntó.

Herndon se echó a reír.

—Comprendo su decepción —respondió, mientras se apartaba a un lado, para que ella pudiera pasar—. Pero gracias a mi robot, estoy vivo.

—¿Cómo?

—Una hora después de marcharse usted, vine yo y me encontré con la avería. Saqué el circuito defectuoso y lo llevé a la fábrica. Cuando regresé, me encontré al robot con tres impactos explosivos, calibre dieciséis.

—¡Oh! —De pronto, Imyria reparó en el hombre que permanecía sentado en una butaca, con expresión ausente—. ¡Marvy! —exclamó.

—El mismo, señorita
D'Nyr
—confirmó Herndon.

—¿Qué le pasa? —preguntó ella—. ¿Está enfermo?

—Señorita, usted vino a visitarme hace tres días. En ese tiempo,

yo he realizado ciertas investigaciones, una de las cuales me condujo a casa de Marvy, aunque, lamentándolo mucho, un poco tarde. Pero no demasiado, por fortuna.

—¿Qué es lo que quiere decir?

—En términos vulgares, alguien se olió la tostada y le disparó un proyectil de «amnesyne». Por si no lo sabía, le diré que la «amnesyne», contenida en una aguja de material absorbible por el organismo, lo que significa que no deja rastro en el cuerpo humano, provoca la pérdida de la memoria de la víctima, orientada precisamente hacia el hecho o hechos que su atacante tiene interés en que sean olvidados. Por tanto, en estos momentos, Raguin Marvy no puede decirnos nada acerca de lo que sucedió en la *Nikkaid*.

—Voy entendiendo —dijo Imyria—. Entonces, no podrá preguntarle…

—Pero hay algo que ni la «amnesyne», ni otra droga similar, a menos que sea un tóxico mortal, pueden eliminar, y es la memoria contenida en el subconsciente.

—He oído decir que esas drogas afectan también al subconsciente.

—En efecto, cuando se quiere estimular la memoria por medio de otra droga de signo contrario. Pero el que le disparó la aguja de «amnesyne» olvidó, o quizá ignora, que hay procedimientos qué permiten averiguar todo cuanto la víctima olvida por una orden externa.

—Eso es muy interesante —comentó Imyria.

—Lo será más todavía, dentro de unos minutos —sonrió Herndon—. Mientras yo trabajo un poco, ¿quiere preparar dos copas?

Ella asintió. Herndon se acercó a una pared y tocó el resorte. La pared se descorrió por completo, dejando al descubierto una vasta estancia, llena de extraños aparatos e instrumentos, que causaron un enorme asombro en la bella visitante.

—¿Qué es eso? —preguntó Imyria.

—Mi laboratorio particular. ¿O acaso creía que soy un detective que soluciona sus casos a puñetazos? Venga conmigo, Raguin.

Marvy se puso en pie mansamente. Herndon le condujo hasta un sillón, que parecía el de un barbero, y lo hizo sentarse. Luego bajó el respaldo y subió los pies, de modo que el cuerpo de Marvy quedó

inclinado en un ángulo de unos
45°.

A continuación trajo un gran casco, que colocó sobre la cabeza del paciente. Luego, durante unos minutos, se dedicó a conectar una infinidad de cables de distintos colores, a sendas clavijas situadas en el exterior del casco. Pasmada de asombro, Imyria vio que había más de cien cables, que se reunían en uno muchísimo más grueso, el cual acababa en una espectacular consola de mando.

Imyria vino con las copas. Herndon tomó un sorbo y dejó la suya sobre la consola. Tocó un interruptor. La pared se deslizó nuevamente. Luego, una suave penumbra descendió sobre el laboratorio.

—Raguin, vamos a recordar todo lo que pasó en la astronave *Nikkaid*, a partir de los momentos que antecedieron inmediatamente a la colisión —dijo.

—Sí, señor.

Herndon tocó otro interruptor. Una pantalla, de más de dos metros de lado, se encendió en uno de los muros del laboratorio.

Lo primero que vieron los espectadores fue un departamento de la astronave. Había una veintena de trajes espaciales, colgados de sus perchas. Se veían unas manos que los tocaban de un modo peculiar.

—Estamos viendo lo que sucedió, con los ojos de Raguin —explicó Herndon.

—Ah, ya entiendo —exclamó Imyria.

—A lo que parece, Raguin estaba haciendo una comprobación de rutina del estado de los trajes de vacío. ¿Es cierto, Raguin?

—Sí, señor —contestó el interpelado.

De pronto, vieron que las manos se movían rápidamente.

—Raguin, explique lo que sucedió —ordenó Herndon.

—Sonó el timbre de alarma y yo me puse el traje de vacío inmediatamente, tal como está dispuesto…

—Eso le permitió salvar la vida —dijo Herndon—. Los demás tripulantes de la *Nikkaid* no tuvieron tiempo de llegar al departamento.

La visión cambió a los pocos segundos. Con los ojos de la memoria de Marvy, Imyria pudo contemplar los movimientos del tripulante en la nave, examinando los cuerpos horriblemente

deformados de sus compañeros. También vio a su padre, rígido, erguido, de pie en el puente de mando. Una mano surgió en la pantalla, tocó el hombro derecho del capitán
D'Nyr
y éste se derrumbó a un lado.

Imyria no pudo contener un grito.

—Cálmese —aconsejó Herndon—. Esto pasó ya hace diez semanas.

—Era mi padre…

—Lo siento, pero era necesario que hiciera esto. O no podré encargarme de su caso, señorita.

—Sí, comprendo. Siga, por favor.

—Esperemos. Es preciso que Raguin recuerde todo lo que sucedió a bordo, desde que se quedó solo, hasta que consiguió escapar.

Poco después, vieron que Marvy corría y se situaba en un cuartito. Luego pudieron contemplar los movimientos de los asaltantes de la nave y el transbordo de la carga.

—No podremos ver sus rostros —dijo Herndon—. Las máscaras de los cascos impiden captar el menor detalle facial. Y, como puede apreciar, los trajes espaciales no llevan el menor signo de identificación.

—Son piratas del espacio…

—Así se les podría calificar, en efecto.

Minutos después, vieron la nave atacante. Los ojos de Marvy miraban a través de una lucerna. Como sus tripulantes, la astronave atacante no llevaba el menor distintivo que permitiera su identificación.

Herndon cortó todos los contactos. La pantalla se apagó, a la vez que volvía la luz.

—¿Hemos acabado ya? —preguntó Imyria.

—No, pero es preciso que dejemos descansar a Raguin. Venga conmigo, vamos a tomar un bocadillo.

—¿Y él?

—Ya le he dado una inyección de «glucovit». Equivale a medio pollo, una rebanada de pan, dos naranjas y un vasito de tinto —sonrió Herndon.

—Lo prefiero al natural —dijo ella, más animada.

—Está listo.

Comieron con buen apetito. Al terminar, Imyria preguntó al detective qué pensaba de todo lo que había pasado.

—Son cuatro naves las que se han perdido —contestó Herndon—. Pero, hasta ahora, se había pensado, como usted dijo al robot, en un asteroide, al que calificó de asesino. A nadie, ni a mí tampoco, puesto que no me había ocupado del caso, se le había ocurrido pensar en una banda de piratas.

—Que se están enriqueciendo, porque todas las astronaves eran mercantes y portaban una carga muy valiosa. Ahora bien, ¿dónde ha ido a parar esa carga? Porque son miles de toneladas las que han desaparecido… y eso no es una billetera con algunos cientos de unidades de moneda.

—Un razonamiento muy lógico, pero también plantea algunas incógnitas, cuya solución no está ni remotamente próxima —contestó él—. Si ha terminado ya, vamos a continuar con Raguin.

Imyria se puso en pie. Volvieron al laboratorio y Herndon realizó de nuevo las mismas operaciones.

A los pocos momentos, vieron a un hombre situado frente a Marvy. El individuo movió los labios primero, diciendo algo que no podían oír, ya que la reproducción de las imágenes era silenciosa, y luego sacó la pistola que disparaba proyectiles de «amnesyne».

—Bueno —dijo Herndon—, al menos, hemos conseguido algo.

—¿De veras? —exclamó ella, muy interesada.

—Sí. Por fortuna, conozco al tipo que anuló la memoria de Marvy. Pero, de todos modos, me extraña que Eddie *el Tonto* se haya mezclado en un asunto de esta índole.

—Vaya un apodo —comentó Imyria—. Sí, tiene cara de tonto, pero no lo parecía…

—Cuando le conviene, parece el más tonto del mundo. Y esto engaña siempre a quienes no le conocen.

—Por ejemplo, al pobre Raguin.

—Exactamente.

—Señor Herndon, ¿cuál va a ser su siguiente paso? —preguntó ella.

—Mi primer paso consistirá en llamar a un psiquiatra amigo, el cual se encargará de llevar a Raguin a su clínica, para curarle. Luego iré a buscar a Eddie. Después…

—¿Puedo ir con usted? —consultó Imyria.

—No. Ya sé dónde vive y su número de videófono, así que la veré o la llamaré en cuanto tenga noticias interesantes.

—Está bien. Ah, aguarde un momento…

Imyria abrió su bolso y sacó un rectángulo de papel.

—Un anticipo —dijo.

Herndon sonrió.

—Se lo agradezco, aunque no era necesario —dijo.

—Usted tiene que vivir, me parece.

—Sí, aunque ya me estoy cansando de la profesión.

—No me diga…

—Le confesaré una cosa. La ilusión de mi vida ha sido siempre comprarme una granja.

—Vaya, qué sorpresa —exclamó Imyria—. No puedo imaginármelo a usted recolectando manzanas o lechugas o echando de comer a las gallinas.

—No se olvide de la siega del trigo.

Imyria se echó a reír.

—Me siento un poco mejor —declaró.

—Lo celebro. Ah —dijo él de pronto—, aguarde un poco.

Herndon se acercó a una mesa y tomó de allí un aparatito, semejante a un reloj de bolsillo, que prendió en el cinturón de la muchacha.

—No se lo quite en ningún momento —indicó—. Presione el botón superior, si se viera en algún grave peligro. Si es atacada en casa, hágalo también, pero avíseme inmediatamente.

—¿Qué clase de artefacto es éste? —preguntó Imyria, asombrada.

Herndon sonrió sibilinamente.

—Avíseme si tiene necesidad de usarlo —contestó, evasivo.

Capítulo III

El sujeto estaba sentado en un taburete, junto a una rubia de formas exuberantes. Ella no parecía hacerle demasiado caso, pero su expresión cambió cuando Eddie le enseñó un billete.

—Eso está mejor. No eres tan tonto como dicen —manifestó la rubia.

—Sólo lo parezco y así engaño a los tontos de verdad.

—Menos a mí, por ejemplo, Eddie.

El Tonto respingó, a la vez que volvía la cabeza.

—¡Herndon! —exclamó.

—Sí, yo mismo. —El detective metió la mano en el bolsillo y sacó un billete en que había un cero más—. Ve a comprarte un bonito vestido, guapa.

La rubia se apeó del taburete.

—Volveré luego para que me lo veas puesto —contestó.

Eddie se sentía furioso.

—Oiga, Herndon, usted no puede…

—Tonto, ¿no recuerdas el apodo que alguien me puso hace años?

—Le llaman Alfiler. Pincha y pincha y pincha, hasta que consigue lo que desea…

—Otro me llamó Espada, porque atravesaba a la gente. ¿Qué prefieres, pinchazo o estocada?

Eddie entornó los ojos.

—¿Por qué no habla claro de una vez? —sugirió.

—Raguin Marvy —dijo Herndon lacónicamente.

El Tonto se puso pálido.

—Oiga, a mí me encargaron…

—¿Quién, Eddie?

—Me costaría caro si soltase la lengua.

—Más te costará si la mantienes quieta.

Eddie miró recelosamente a derecha e izquierda.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Seis costillas rotas si no hablas.

—Pero yo quiero…

—Tú quieres conservar la salud, que es lo importante. Escucha, en cuanto Marvy se recupere…

—No se recuperará jamás.

—Luego lo admites.

Eddie se encogió de hombros.

—Aquí hay mucha gente, pero esto no lo oye nadie más que nosotros —contestó.

Herndon se tocó el bolsillo superior izquierdo.

—Te equivocas. Ya está grabado todo cuanto hemos dicho.

Eddie lanzó una maldición.

—Debí suponerlo —rezongó, colérico.

—Cuando Marvy se recupere, y se recobrará, no te quepa la menor duda de ello, presentará una demanda contra ti, por atentado a su integridad mental. Su abogado pedirá la utilización del casco reproductor de memoria y tú aparecerás en las imágenes, disparando un dardo de «amnesyne». Eso está considerado casi como un asesinato, Eddie.

—Maldita sea… Esa condenada McDunn me ha metido en un buen jaleo…

—¿Has dicho McDunn?

—Sí, la directora de la «Ex-Int-Det», ya conoce usted a esa agencia.

—Un poco —admitió Herndon—. De modo que fue Wanda McDunn.

—Al menos, el hombre que vino a verme dio su nombre.

—¿Cómo se llama el tipo?

—No lo dijo. Me pagó cincuenta billetes y me entregó la pistola. Eso es todo.

—Eddie, ¿qué aspecto tenía el hombre de Wanda?

—Alto, como usted, pero menos fornido y con la ceja izquierda partida.

—Muy bien, Eddie, muchas gracias.

—Oiga, pero, se va a marchar sin darme…

—Claro, hombre, te daré lo que te mereces.

Herndon disparó su puño. Una hora más tarde, Eddie estaba en la mesa de operaciones, sometido a la anestesia, a fin de reparar los destrozos sufridos en su apéndice nasal, cuyo hueso había quedado reducido a polvo.

* * *

El hombre llamó a la puerta. Imyria estaba leyendo un libro y se puso en pie. Casi maquinalmente, salió a abrir, con el libro en las manos.

Lo primero en que se fijó fue en la ceja partida del visitante. Éste habló brevemente:

—¿Es usted Imyria D'Nyr?

—Sí.

—Tengo que decirle algo. Es muy urgente, señorita. Yo fui en tiempos tripulante a las órdenes de su padre…

—Entre, por favor.

El hombre cruzó la puerta. Imyria cerró. Al volverse, vio que una pistola apuntaba a su pecho. El instinto le hizo alzar el libro, y el proyectil se estrelló inofensivamente contra la tapa de cartón de la cubierta.

Se oyó una maldición. En aquel momento, Imyria se acordó del aparatito que le había entregado el detective.

Su dedo índice presionó el botón superior. El visitante avanzaba hacia ella y se quedó paralizado instantáneamente.

Imyria se sintió enormemente asombrada. Dio dos pasos y tocó el hombro de su visitante. La carne parecía piedra.

—¡Cielos, lo he convertido en una estatua!

Durante unos segundos, permaneció indecisa. Luego, de pronto, echó a correr hacia el videófono.

—De buena me he salvado —dijo, mientras marcaba el número del detective.

* * *

La mujer era muy hermosa, de formas arrogantes y pelo

intensamente negro. Vestía un peinador de abundantes velos y estaba sentada frente al espejo, cepillándose su frondosa cabellera.

De pronto, Wanda McDunn vio una figura humana a través del espejo.

—Si mis ojos no me engañan, este intruso es nada menos que Johnny Herndon —dijo a media voz.

—Tienes una vista magnífica, preciosa —contestó el visitante.

—¿Cómo has entrado? Dispongo de un perfeccionado sistema de alarma…

Herndon soltó una risita.

—Si yo fuese accionista de tu empresa, pediría que dimitieses en el acto —respondió.

Ella se volvió en el taburete.

—Está bien. Dime lo que deseas y lárgate —exclamó.

—¿A quién aguardas, hermosa?

—No espero a nadie. ¿Por quién me has tomado?

—Justamente, por lo que eres y representas, una mujer fría, despiadada y ávida de riquezas conseguidas a cualquier precio, incluso al precio de las mayores vilezas.

Wanda no se inmutó por aquella andanada.

—Todavía te escuece, ¿eh? —se burló.

—Ya se me ha pasado. Por fortuna, logré conocerte a tiempo. Pero no he venido a hablar de lo que hubo hace años entre los dos, sino de algo mucho más próximo.

—¿Por ejemplo…?

—¿Dónde está la carga de la *Nikkaid*?

—Ah, conque era eso —murmuró Wanda.

—Sí. Murieron todos los tripulantes menos uno.

—Lo sé, pero ése no puede decir nada…

—Entonces, ¿por qué estoy yo aquí?

Wanda se mordió los labios.

—Nick no debió haber contratado a Eddie —dijo.

—¿Nick Valdyver?

—Yo no he dicho el apellido.

—Con él nombre, tengo más que suficiente —rió Herndon—. Wanda, tu agencia, desdichadamente, goza de una fama pésima. Claro que tienes buenos abogados que siempre te sacan de todos los líos, pero esta vez te has pasado de la raya. Cuatro naves han sido

destruidas, después de robada la carga, y casi cien hombres han muerto. ¿Quién está detrás de todo este asunto?

—¿Crees que voy a decírtelo? —se burló ella.

Herndon dio un par de pasos. Wanda se puso en pie y le tiró el cepillo a la cabeza. Herndon esquivó fácilmente el proyectil.

Instantes más tarde, Wanda estaba sobre sus rodillas. La mano derecha del detective actuó repetidas veces y con impactos nada suaves. Wanda pateó y chilló frenéticamente, pero sus protestas no sirvieron de nada.

—Basta, basta —gimió, minutos después—. Te lo diré…

Herndon quedó con la mano en alto. Ella pronunció un nombre.

—Imposible —dijo Herndon.

—Te lo juro…

El detective se puso en pie. Ella rodó sobre la alfombra y volvió a gritar:

—¡Bestia!

Herndon la miró desde la puerta.

—Si me has engañado, te retorceré el pescuezo —dijo fríamente—. Ah, no intentes avisarlo, no te conviene.

Apenas se quedó sola, Wanda se precipitó sobre el videófono. Presionó la primera tecla y, en el acto, el videófono empezó a humear. Un instante después, la pantalla estallaba sonoramente. Wanda lanzó un chillido y se apartó más que aprisa.

Lágrimas de rabia brotaron de sus ojos. En aquel momento, se formó el propósito de no dejar pasar por alto la derrota sufrida.

* * *

La secretaria miró a Herndon como si fuese un insecto despreciable.

—Aquí tiene —dijo, a la vez que le entregaba una cartulina—. Llene la solicitud y envíela por correo. La supersecretaria del señor O-Snitt decidirá si el señor O-Snitt debe recibirle o no.

Herndon parpadeó.

—No sabía que el señor O-Snitt fuese más importante que el presidente de Franlonia —dijo.

—Lo es —contestó la empleada, sin pestañear—. Permítame, por favor, ya le he dedicado el tiempo necesario. Envíe la solicitud o quémela, pero déjeme seguir.

Herndon se marchó de la lujosa oficina completamente desconcertado. Regresó a su casa y, durante unos segundos, vaciló sin saber qué hacer.

Al fin, llenó los datos exigidos en la solicitud. Ya se disponía a salir cuando, de pronto, oyó el zumbido del videófono.

Dio el contacto. La cara de Imyria apareció de inmediato en la pantalla.

—¡Señor Herndon, venga, pronto! —exclamó la muchacha—. Desde ayer estoy intentando contactar con usted… Me siento muy asustada; el hombre está así desde las cuatro de la tarde…

—¿Qué hombre? —preguntó Herndon.

—Espere un momento.

Imyria movió el videófono, de modo que el objetivo enfocase la figura inmóvil, en el centro de la sala.

—Ah, es Nick Valdyver —dijo él.

—Yo no lo conozco. Ese hombre entró y me disparó un proyectil de «amnesyne»…

—¿Cómo? ¿Falló?

—Es que tenía un libro y la aguja pegó en la cubierta…

—Vaya, pues está de suerte. El proceso de recuperación después de una dosis de «amnesyne» no es nada sencillo y hasta falla en un cuatro o cinco por ciento de los casos.

—No me ponga los pelos de punta —se estremeció ella.

—Tengo que hablarle con la verdad. Bien, puesto que aún conserva el aparatito que le di, presione el botón tres veces seguidas. Luego ordene a Nick que se vaya.

—Pero convendría que le hablase, creo yo.

—Ya he hablado con su inmediato superior. Y, no tema, Nick ya no la molestará más.

Imyria le miró fijamente.

—Señor Herndon, ¿es usted un brujo? —pregunto.

—A veces, yo también me lo creo. Bueno, haga lo que le digo y no se preocupe.

—Querría hablar con usted…

—Ya hemos hablado bastante. Adiós.

Herndon cortó la comunicación. Luego salió a la calle y depositó en el buzón la solicitud de entrevista con el poderoso Witt O-Snitt.

El hombre que era aún más poderoso que el presidente de

Franlonia, el planeta en que habitaban.

Pero ¿qué Interés podía tener O-Snitt en cuatro tristes naves de carga, cuando su propia flota disponía de centenares de unidades, generalmente más poderosas y de mejores cualidades?

Eso era, precisamente, lo que quena averiguar.

CAPÍTULO IV

Transcurrieron cuatro días.

Todo seguía igual, excepto que, por medio de su consultora, Herndon había investigado en algunos libros reproducidos en microfilmes y que se guardaban en la impropiamente denominada Biblioteca Pública.

Los resultados no habían sido demasiado satisfactorios, aunque había conseguido algunos datos que, acaso, podrían resultarle interesantes en el futuro.

Uno de los datos se refería a la solicitud de colonización del planeta denominado Squur-I, solicitud que había sido denegada, pese a haber sido hecha a nombre de la Inter-Star, la colosal empresa de la que O-Snitt era cabeza visible.

¿Por qué había sido rechazada una demanda semejante a un hombre que podía pedir Franlonia entero y conseguir que lo entregaran?

De pronto, llamaron a la puerta.

El visitante era un hombre de elegante apariencia y muy correcto, que se presentó bajo el nombre de Gold D'Thyol.

—Soy el cuarto secretario del señor O-Snitt —añadió, después de facilitar su identidad.

—Encantado, amigo mío. ¿Quiere pasar y tomar una copa conmigo? —propuso Herndon.

—Gracias —contestó D'Thyol heladamente—. He sido comisionado por el señor O-Snitt para traerle la respuesta a su solicitud de entrevista.

D'Thyol sacó la cartulina y la rompió delante del asombrado Herndon.

—Ésta es la respuesta del señor O-Snitt —dijo.

Herndon se quedó atónito, mientras los fragmentos de la cartulina revoloteaban por el aire.

D'Thyol

ya no habló; simplemente, dio media vuelta y se marcho.

Herndon se tomó la copa solo.

Un cuarto de hora más tarde, sonó el timbre del videófono.

El rostro de una mujer apareció en la pantalla.

—¿No me reconoces? —sonrió ella—. Me he comprado un bonito vestido. ¿Quieres ver cómo me sienta?

—Ahora estoy muy ocupado…

—Me llamo Samaia —dijo la rubia—. Anda, ven, guapo mío.

—Lo siento, tengo trabajo.

De pronto, ella puso una cartulina delante del objetivo de la cámara. Asombrado, Herndon leyó:

VEN PRONTO. ES URGENTE

—Está bien —sonrió el detective—. Veré cómo te sienta el vestido.

—Si no te gusta, me lo quitaré —dijo Samaia, incitante.

Una hora más tarde, Herndon llamaba a la puerta del departamento de Samaia.

Ella no contestó.

Herndon frunció el ceño. Volvió a llamar.

Pensaba en lo peor.

Y había sucedido lo peor, pudo apreciarlo cuando entró en el departamento.

El vestido yacía en el suelo, arrugado, sobre un diminuto montón de ceniza gris.

Aquella cucharadita de ceniza era todo lo que quedaba de Samaia.

* * *

Herndon volvió al bar donde había visto a Eddie días antes.

El Tonto estaba en el mostrador. Ya tenía curada la nariz.

—Quiero hablar contigo —dijo Herndon.

—Lárguese —respondió el sujeto desabridamente.

—¿No quieres ganarte mil «pavos»?

Eddie cambió de actitud instantáneamente.

—Claro, hombre —contestó—. ¿Por qué no lo dijo antes?

—Samaia ha muerto.

—No lo sabía. Pero, si tenía tan buena salud…

—La buena salud no sirve de nada, cuando se usa una pistola desintegrante.

—¡Rayos! —exclamó El Tonto.

—Ella sabía algo. O lo sospechaba. O recelaba de alguien. Me llamó para que fuera a su casa y enseñó una cuartilla, en la que me avisaba que era algo urgente. Por lo visto, temía que alguien pudiera escucharla.

—Comprendo. Pero yo no sé…

—Tonto, tú tienes una memoria estupenda. ¿Quién habló con Samaia por última vez? Ella reclutaba aquí sus clientes.

Eddie miró al techo con un solo ojo.

—Hardy Rigger —dijo al cabo.

—No lo conozco —manifestó Herndon.

—Trabaja en el astropuerto, en la terminal de carga de la Inter-Star. Vive cerca de aquí, me parece, pero no sé dónde.

—La Inter-Star —repitió Herndon pensativamente.

—Witt O-Snitt —dijo El Tonto con toda intención.

—Sí, la mano de ese sujeto tiene que estar en el fondo de este asunto.

Eddie soltó una risita.

—Las dos manos, los pies y todo él —exclamó mordazmente.

—Bien, será cosa de esperar a que Rigger se deje caer por aquí —dijo Herndon—. ¿Qué tal la sesión de quirófano, Eddie?

El Tonto se tocó la nariz con dos dedos.

—Los cirujanos han hecho una buena labor —rezongó—. No soy rencoroso, ya ve —añadió.

—Sí, desde luego.

Transcurrieron dos horas. Herndon empezó a preguntarse si no estaba perdiendo el tiempo. Eddie se había ido hacía rato.

De pronto, apareció nuevamente.

—Tengo una noticia para usted. Una chica que conoce a Rigger acaba de darme su dirección —manifestó.

—Estupendo, Eddie.

Un billete de cien cambió de propietario. Diez minutos más tarde, Herndon llamaba ante una puerta, que se abrió casi en el acto.

—Diga, señor Herndon —habló Rigger.

El detective parpadeó. Rigger daba la sensación de saber que iba a visitarle.

Detrás del sujeto, había una cara conocida.

—Hola —sonrió D'Thyol.

Herndon apretó los labios.

—Deseo hablar privadamente con el señor Rigger —dijo.

—Señor Herndon, soy uno de los abogados de la Inter-Star. De acuerdo con las reglas de la empresa, el señor Rigger, empleado de la misma, no puede dar informaciones a ninguna persona, a menos que se trate de alguien provisto de una orden judicial. ¿Trae usted esa orden?

—Demasiado sabe que no —gruñó el joven.

—Lo siento. Puede preguntarle al señor Rigger por el tiempo, por la salud de su tía Amelia… —

D'Thyol

sonreía de un modo especialmente burlón.

Herndon reaccionó.

—Oh, pero es que yo había venido a buscar al señor Rigger para irnos de parranda por ahí. Nos esperan un par de chicas muy apetitosas, con dos botellas de champaña —dijo.

—Las reglas de la Compañía impiden que sus empleados se solacen de determinada manera, señor Herndon —dijo el implacable

D'Thyol.

Los ojos del detective se posaron en el rostro de Rigger. De pronto, alargó la mano y estrechó la del sujeto.

—Adiós, amigo mío —dijo—. Ruega por mí desde el Más Allá. Pide por este pobre pecador.

—¿Qué está diciendo? —gritó Rigger.

Herndon le abrazó.

—Adiós, amigo, adiós. Sólo deseo que la cosa sea rápida y sin sufrimiento —dijo—. Porque, ¿qué puede esperar el último hombre que estuvo con Samaia sino la muerte? Ese hombre,

desgraciadamente, tiene una boca que, tarde o temprano, puede resultar comprometedora.

Rigger se sentía pasmado. El rostro de D'Thyol aparecía deformado por la rabia más absoluta.

Herndon metió la mano en uno de sus bolsillos y sacó una cajita negra, de forma oblonga y del tamaño de un paquete de cigarrillos, la cual contempló durante unos momentos, ante el asombro de la pareja. Luego volvió la caja a su sitio.

—Sí, el detector es exacto. Aquí hay una pistola desintegrante que ha sido usada hace no más de doce horas —dijo—. Bien, buenas noches a los dos.

Herndon dio media vuelta y se dirigió hacia la escalera. Detrás de él, sonó un aullido.

—¡Espere! —chilló Rigger—. Le diré todo; no quiero que me metan en un buen jaleo, sin que…

De súbito, se oyó un fuerte chasquido. La voz de Rigger se apagó instantáneamente.

Herndon se volvió. Por la puerta, todavía abierta, salía una nubecilla de humo gris verdoso, que se disolvía lentamente en el aire.

Con el rostro convertido en una máscara de furia, D'Thyol apareció en el umbral, armado con una pistola desintegrante. Apuntó hacia el joven, pero, antes de que pudiera repetir la descarga, Herndon hizo funcionar su paralizador y el cuarto secretario de O-Snitt se quedó convertido en una estatua de piedra.

* * *

Herndon inclinó la cafetera, llenó una taza y la ofreció a Imyria. Luego llenó la suya.

—D'Thyol se ha metido en un buen lío —comentó la muchacha.

Herndon pasó la mirada por los alrededores.

—Una bonita casa —dijo—. El jardín es precioso. ¿Idea suya o de su padre?

—Mi padre —contestó ella—. Pero estábamos hablando de D'Thyol.

—Ah, sí, usted decía que se había metido en un buen lío.

—¿Y no es así?

—Oh, por supuesto. La acusación es de homicidio intencionado. Asesinato, vamos.

—Eso significa que Rigger mató a Samaia.

—Exactamente.

—¿Por qué?

—Samaia sabía algo. Ya no podrá repetirlo a nadie.

—Tal vez referente al asteroide asesino.

—Es muy probable.

—¿Qué dirá el todopoderoso O-Snitt?

—O-Snitt es menos poderoso de lo que parece, aunque, desde luego, tiene influencias. Pero cuando se trata de un caso de asesinato tan claro, no podrá utilizar esas influencias. No hay político o juez que le apoye, porque temerán la reacción popular. A O-Snitt no le queda otro remedio que permitir que la justicia siga su curso.

—D'Thyol puede hablar.

—Ya ha hablado. Ha dicho que estaba enamorado de Samaia y que se enfureció mucho al saber que Rigger la había asesinado. Así confía en que O-Snitt le eche una mano.

—¿Lo hará?

Herndon se encogió de hombros.

—O-Snitt está metido también en un buen lío —contestó—. Si ayuda a
D'Thyol,
todo el mundo sabrá que éste actuó por interés de su patrón. Y si no lo ayuda, los empleados más prominentes de la Inter-Star, es decir, los confidentes de O-Snitt, sabrán que si se comprometen, el patrón no levantará un dedo para sacarlos del apuro.

—De todas formas, tenga cuidado. O-Snitt es perro viejo y conoce muchos trucos.

—Lo sé y lo tendré en cuenta. Oiga, si este terreno fuese un poco más grande, se podría hacer una granja estupenda —dijo Herndon.

—A mí me gusta el jardín.

—¿Y las manzanas no? —sonrió él—. ¿Qué me dice de un par de huevos frescos, recién cogidos del nidal y enviados inmediatamente a la sartén?

—¿Es ésa toda su ambición, en esta vida? —preguntó ella, atónita.

—Ya puede ver que soy bien modesto. Ah, una cosa, ¿puede conseguirme una copia del manifiesto de embarque de la *Nikkaid*?

—Creo que sí… ¿Para qué lo quiere?

—Deseo conocer, en primer lugar, los nombres de los tripulantes y después, y con todo detalle, la carga que transportaba la nave que mandaba su padre.

—Intentaré conseguirlo. ¿Algo más?

Herndon se dirigió hacia la puerta.

—El café estaba muy bueno —dijo. Suspiró—. Sí, una magnífica granja.

—Y dale —exclamó ella, enojada—. ¿Tan joven y ya quiere retirarse a la vida bucólica?

—La vida de granjero no tiene nada de bucólica —rió él, a la vez que se encaminaba hacia el helimóvil que le aguardaba en la explanada delantera de la casa.

Instantes después, el aparato se elevaba en el aire. Cuando llegó a su casa, el robot que era su doble, le dio un mensaje:

—Un tal Eddie le ha llamado, señor. Dice que debe hablar con usted urgentemente.

Herndon no perdió el tiempo. Un cuarto de hora más tarde, estaba frente a El Tonto, en el bar donde el hampón tenía su cuartel general.

—Tengo una buena información para usted —dijo Eddie.

—Habla —contestó Herndon, a la vez que sacaba un billete.

—Vaya a casa de Samaia y regístrela a fondo. Incluso puede alquilar el departamento, para hacer mejor ese registro. Pero algo encontrará allí, seguro.

—¿No puedes adelantarme nada, Eddie?

—Samaia estuvo empleada hace tiempo, como auxiliar de laboratorio, en el departamento de investigaciones de la Moorson Energy, ya sabe, la compañía que fabrica combustibles para cohetes. Pero, una vez, un competidor le pagó para conseguir informaciones y la despidieron, cuando se enteraron de su infidelidad.

—Muy justo. ¿Qué más, Eddie?

—Al parecer, Samaia conocía, mejor dicho, había copiado la

fórmula de un nuevo combustible, de la misma potencia que los corrientemente empleados, pero con la ventaja de una duración en su acción propulsora de cuatro a seis veces más que los demás combustibles.

Herndon entornó los ojos.

—Sí, será cosa de alquilar el departamento de Samaia —convino.

CAPÍTULO V

Durante tres días, Herndon buscó en los más diversos rincones de la casa, sin poder encontrar nada que respondiese a la información recibida. Samaia tenía una pequeña biblioteca, doscientos libros, y los repasó uno por uno, deshaciendo, incluso, las pastas, pero tampoco allí encontró nada.

La noticia sobre el combustible era interesante. Si el tiempo de acción duraba de cuatro a seis veces más que los combustibles ordinarios, resultaba lógico pensar que, cualquiera que fuese el vehículo propulsado, podía alcanzar, no sólo más distancia, sino también mayor velocidad.

Igualmente, aquel combustible podía mover un peso cuatro veces superior, por lo menos, porque su acción se ejercería durante un tiempo muchísimo mayor, sobre el objeto propulsado. Empezó a pensar que había fracasado.

Al atardecer del cuarto día, se sentó en un sillón, con un libro en las manos. Había poca luz y se vio obligado a encender una lámpara de sobremesa.

Al hacerlo, se fijó en la lámpara, que no era sino un simple globo de cristal blanco, sostenido por un tubo de metal, sujeto a una plataforma circular. Durante unos segundos, estuvo contemplando el tubo que sostenía la lámpara.

De pronto, salió de su actitud estática y se puso a trabajar. Unos minutos más tarde, tenía en las manos un rollito de papeles muy finos, cubiertos de difíciles fórmulas químicas. Ya no le cupo la menor duda de que había hallado la fórmula del combustible.

Samaia había sido una empleada infiel, pero esto no podía remediarlo ya él. Y quizá su infidelidad había tenido unos motivos que, si no la justificaban, sí podían explicarlo.

Al cabo de un rato, decidió abandonar el departamento. Cuando se disponía a hacerlo, alguien abrió la puerta y le apuntó con una pistola.

—Deme esos papeles —exigió el desconocido.

Herndon obedeció en el acto.

—No irá a disparar contra mí, ¿verdad? —dijo.

—Me conformo con lo que ya tengo —respondió el hombre.

Instantes después, Herndon volvía a quedarse solo. Esperó un rato y luego usó el videófono.

Imyria apareció en la pantalla.

—¿Algo nuevo, John? —preguntó.

—Sí. Cada vez estoy más cerca de la granja.

—Hombre, no se burle… Ha estado cuatro días sin dar señales de vida…

—Me los he pasado en el piso de Samaia. Tenía que registrarlo, para dar con algo que ella había conseguido y que, sin duda, quiso entregarme. Pero, como usted sabe, Rigger no le dio tiempo.

—¿Ha encontrado lo que fue a buscar?

—Sí, es la fórmula de un combustible especial, de idéntica potencia que los conocidos hasta ahora, pero, en cambio, con una duración cuatro o seis veces mayor.

—No entiendo qué tiene que ver esto con lo que le sucedió a la *Nikkaid* —dijo ella.

—Tiene que ver mucho más de lo que usted misma se imagina. Sobre todo, si se piensa que, a los diez minutos de haber encontrado esos documentos, vino un tipo y me los quitó a punta de pistola.

—Entonces, todo lo que ha hecho, no le ha servido de nada —exclamó Imyria, decepcionada.

Herndon le guiñó un ojo.

—No soy tan tonto como cree —manifestó—. En cuanto hallé los papeles, llamé a mi casa. El robot grabó en sus circuitos de memoria fotográfica cuanto había escrito en esos documentos.

—¡Oh! Entonces…

—Entonces, no es necesario sino ponerle una pluma en la mano al robot y pedirle que reproduzca cuanto ha visto. Usted también podría hacerlo si tuviese una fotografía de cada documento, ¿no cree? Posiblemente, no lo entendería, pero sabría copiar con toda exactitud cada cifra y cada signo.

Imyria sonrió.

—Es usted un zorro, John —dijo.

—Así me llaman algunos. Y ahora, con su permiso…

Herndon regresó a su casa.

—¿Le leo el correo, señor? —sugirió el robot, después de entregarle una copa de *brandy*.

—Sí. Después, me harás una copia de todos los papeles que fotografiaste por medio de tus circuitos visuales.

—Muy bien, señor.

Sentado en una butaca, con la copa en una mano, Herndon oyó al robot durante unos minutos. De pronto, el robot recitó:

—De Witt O-Snitt a John Herndon. Tendré mucho gusto en recibirle en mi residencia privada, Canyon Hill, ochocientos dos, el próximo sábado, a las seis de la tarde.

Herndon sonrió maliciosamente.

—Vaya, parece que el duro O-Snitt empieza a dar señales de ablandamiento —comentó.

* * *

—No me estoy ablandando en modo alguno —dijo O-Snitt, el sábado a las seis y dos minutos de la tarde—. Simplemente, quiero espantar una mosca que zumba con demasiada pegajosidad.

Herndon guardó silencio, mientras sorbía un trago del refresco que su anfitrión le había obsequiado. Al mismo tiempo, contemplaba el frondoso jardín de la residencia, cuyo lujo superaba a todo lo imaginable. Había árboles exóticos, pero también se divisaban muchas especies de la Tierra, trasplantadas hasta Franlonia a un coste inimaginable.

Por el centro del jardín, corría un arroyuelo, alimentado por decenas de surtidores. Había una veintena de fuentes a cual más artística y, en uno de los extremos, se divisaba una colosal piscina, de tres planos, con sus cascadas correspondientes. En cuanto a la casa, parecía un palacio de las *Mil y Una Noches*, en el estilo arquitectónico del siglo XXII.

—Bueno, use un matamoscas —dijo Herndon al cabo.

O-Snitt puso delante de su huésped un cheque.

—¿Qué le parece este insecticida?

Herndon contempló el cheque con ojos de indiferencia.

—Estos procedimientos no me han gustado nunca —contestó—. El dinero siempre viene bien, pero me gusta ganarlo con honradez. Aparte de que un millón no me daría cosas que no pueda conseguir por mí mismo.

—Honrado, ¿eh?

—Asquerosamente honrado.

Los dos hombres se contemplaron fijamente. O-Snitt era pequeño, algo regordete, pero en sus ojos había una dureza de pedernal.

—Aparto implacablemente al que se pone en mi camino —dijo O-Snitt.

—A D'Thyol le gustaría escuchar estas palabras —contestó Herndon.

—No tengo nada que temer de
D'Thyol.
Es un hombre fiel.

—Hasta que sepa que va a ser condenado.

—No le condenarán.

Herndon se encogió de hombros.

—Usted no puede moldear una sentencia judicial a su gusto. La pena de muerte está abolida, pero
D'Thyol
afrontará una condena perpetua.

—Mis abogados…

—La posible condena de
D'Thyol
es algo que han de solucionar ustedes dos. A mí, por ejemplo, me interesa mucho más saber qué se ha hecho de la carga de la *Nikkaid*.

—No sé nada al respecto…

—¿Tampoco sabe nada de Squur-I?

O-Snitt acusó el golpe.

—Fue una sucia jugada —masculló.

—Señor O-Snitt, ¿qué hay en Squur-I?

—¿Por qué no recurre a la enciclopedia?

—La que hay en la Biblioteca Pública tiene varios años de antigüedad. El Squur-I se ha descubierto recientemente. ¿Qué es?

O-Snitt se sirvió una copa.

—Averígüelo… si puede —contestó.

—Lo haré. —Herndon rompió el cheque en menudos pedazos, que lanzó al aire—. ¿Era esto todo lo que iba a decirme?

—Puesto que rechaza mi oferta, es inútil seguir hablando.

Herndon se puso en pie.

—Ha sido una conversación muy agradable —aseguró.

—Pero quien no está conmigo, está contra mí.

—Yo no estoy contra usted, sino contra la persona o personas que ordenaron el asalto de la *Nikkaid*.

Los ojos de O-Snitt chispearon.

—También estoy contra la persona o personas que ordenaron la muerte de una mujer llamada Samaia —agregó Herndon.

—Adiós, amigo mío.

Herndon rió.

—Debiera haber dicho «enemigo mío» —sugirió.

Su helimóvil estaba en la explanada posterior del parque. Subió al aparato y despegó raudamente. Los motores eran absolutamente silenciosos. Apenas estuvo en el aire, Herndon conectó un detector de sonidos, de características ultrasensibles.

Cinco minutos más tarde, captó la voz de O-Snitt:

—Acabe con Herndon. Cuanto antes, mejor.

—Sí, señor —contestó un desconocido.

Una hora más tarde, Herndon insertaba el cartucho de cinta grabada en una computadora. En la cinta no había grabadas más que las dos frases precedentes. Pero Herndon quería saber la identidad de la persona a la que pertenecía la segunda voz.

Un cuarto de hora después, la computadora dio su respuesta:

—La voz pertenece a Kralo Vir, propietario de la relojería situada en la calle Novecientos dos, número treinta.

* * *

La relojería de la calle 902 era un establecimiento modesto, con un pequeño escaparate en donde se veían relojes que no eran precisamente del último modelo. Un cartelito anunciaba también reparaciones.

En el interior de la tienda, sentado ante una mesa de trabajo,

tras el mostrador, como de dos siglos antes, había un hombre de unos cincuenta años, rostro ratonil y con poco pelo en la cabeza, manipulando en un reloj. Herndon entró y el relojero alzó su cabeza.

—Buenas tardes, señor —saludó cortésmente, a la vez que se ponía en pie—. ¿Desea algo?

—Pues… sí, deseo un reloj de los que se han dado en llamar eternos. Claro que es una palabra que, en este caso, se refiere solamente a la vida del propietario…

—Por supuesto —convino Vir—. Le enseñaré algunos, de cuerda infinita, si le gustan.

—No hay inconveniente. Lo que quiero es que ese reloj me dure en la muñeca setenta u ochenta años más y no sólo una semana.

—Je, el señor tiene ganas de broma… No se irá a cansar del reloj antes de siete días, supongo.

—Es que, verá, estoy condenado a muerte. Me llamo Herndon.

La sonrisa desapareció en el acto de los labios de Vir.

—Una bonita «tapadera» —continuó el joven—. Un modesto artesano, que se dedica, en sus ratos de ocio, al excitante deporte de asesinar por dinero. ¿Cuánto le paga O-Snitt por cada trabajo, Kralo?

Los nervios del relojero se rompieron. Rápidamente, metió la mano bajo el mostrador, pero Herndon fue aún más rápido y le disparó al rostro una descarga de gas narcótico. Vir se quedó paralizado instantáneamente.

—Vamos adentro —ordenó el joven.

Vir obedeció sin rechistar. Herndon se encontró segundos después en un pequeño cuartito. Divisó el videófono y lo señaló con la mano.

—Cuando yo le ordene, llame a O-Snitt —dijo.

—Sí, señor.

Herndon buscó por el cuartito. No tardó en encontrar una botella y dos vasos.

—Kralo, ¿conoce usted *He visto los bordados del camisón de Maggie*? —preguntó.

—Sí, señor.

—Bien, gracias.

O-Snitt encendió la pantalla de su videófono momentos después.

Ante sus ojos estupefactos, apareció una escena singular.

Dos hombres, a los que conocía muy bien, bebían alegremente, con los brazos sobre los hombros, entonando una canción de letra muy subida de color. O-Snitt lanzó un aullido de rabia al comprender el significado de la escena.

Loco de ira, buscó algo y lo encontró. Un pesado jarrón se estrelló segundos más tarde contra la pantalla del videófono.

—Basta de cantar —dijo Herndon.

Vir adoptó de nuevo su expresión de absoluta obediencia.

—Ahora mismo —añadió el joven—, irá usted al puesto de Policía más cercano y se acusará de todos los asesinatos que ha cometido, indicando asimismo el nombre de la persona o personas que se los encomendaron.

—Sí, señor —contestó el relojero mansamente.

CAPÍTULO VI

—Menudo escándalo —comentó Imyria, después de que el televisor hubo emitido el último boletín de noticias—. Cuatro importantes personajes han sido detenidos, entre ellos el inefable O-Snitt. ¿Qué ha pasado John?

—Alguien ha levantado la tapa del pastel —contestó Herndon maliciosamente.

—Usted, supongo.

—O-Snitt intentó asesinarme. ¿Por qué no devolverle la pelota?

—Saldrá adelante. Le costará dinero, tiene un batallón de abogados…

—Pero la gente empieza a darse cuenta de la clase de tipo que es. El relojero será declarado irresponsable mental, le encontrarán alguna manía persecutoria, pero eso no será sino aplicar la letra de la ley. A partir de ahora, O-Snitt tendrá que andarse con más cuidado.

—¡Hum! —dudó la muchacha—. No se fíe, John. A propósito, ¿qué hay de la fórmula del combustible?

—Un químico amigo está con ella. Pronto tendrá su informe.

—No entiendo. ¿Qué tiene que ver todo esto, el combustible y la colonización de Squur-I, con el asalto a la *Nikkaid*?

—¿Ha conseguido usted el manifiesto de embarque?

—Es verdad, lo había olvidado.

Imyria se puso en pie y se acercó a un escritorio cercano, de donde volvió a los pocos momentos con unos papeles en la mano, Herndon se puso a estudiarlos en el acto.

Al cabo de un rato, levantó la vista.

—Imyria, ¿ha leído usted el contenido de la carga de la *Nikkaid*?

—Sí. Herramientas, manuales en gran parte, aunque también había media docena de excavadoras… semillas, fertilizantes; elementos de construcción de edificios sencillos, unidades de energía, rollos de cable conductor, material de transmisiones…

—Y, en el establo de la nave, cuatro garañones y ocho yeguas. Según los planos, el establo no fue afectado por la descompresión, de modo que los animales fueron los únicos seres que quedaron vivos, aparte de Raguin Marvy.

—Oiga, de la Tierra se importan todos esos materiales corrientemente.

—Sí, incluso también caballos y yeguas. Pero fíjese en el conjunto; es lo ideal para establecer una unidad de colonización.

Imyria entornó los ojos.

—¿Está la carga ahora en Squur-I?

Herndon sonrió.

—¿Qué le parecería un viajecito para comprobarlo?

Ella respingó.

—¿Dónde está la nave? —preguntó.

—No se preocupe…

—Oiga, Squur-I tiene un tamaño casi como el de la Tierra. ¿Se imagina lo que nos costaría encontrar esos materiales?

—Muchacha, déjelo de mi cuenta. Lo único que quiero saber es si está dispuesta a acompañarme.

—Claro, ni siquiera habría debido preguntarlo.

—Muy bien, en tal caso, empezaré a preparar todo para él viaje a ese planeta. Total, son noventa millones de kilómetros.

—Tres días —calculó Imyria.

—Todo depende de la velocidad…

El zumbador del videófono sonó de pronto. Imyria se levantó, conectó el aparato y luego hizo un gesto con la mano.

—Su robot —dijo.

Estaban en casa de la muchacha. Herndon se puso en pie.

—Señor —dijo el robot—, su amigo el doctor Kixkley me encarga le informe que ha analizado la fórmula del combustible. Es la fórmula Díaz-Rijhn, con potencia superior en un cuatrocientos cincuenta y dos por ciento a la de los combustibles corrientes. Asimismo posee la cualidad de arder mientras se le aplique una fuente de calor, apagándose cuando esta fuente deja de actuar. Eso

es todo, señor.

—Estupendo, Billy.

Herndon cortó la comunicación y se volvió hacia Imyria.

—No entiendo muy bien lo qué ha dicho su robot —manifestó ella.

—Es bien sencillo. Aparte de la potencia, el combustible Díaz-Rijhn posee la cualidad de arder mientras, por ejemplo, se le aplica una chispa eléctrica de encendido continuo o, mejor todavía, la energía de una resistencia eléctrica de bajo voltaje. En cuanto se suprime la fuente de energía, el combustible se apaga.

—Lo cual no sucede con los otros combustibles.

—Exacto. Un cohete, con los combustibles convencionales, funciona hasta que se agota su carga. El mismo cohete, cargado con la fórmula Díaz-Rijhn puede ser encendido y apagado, según convenga a su usuario.

—Ahora lo entiendo —dijo ella—. Pero ¿qué utilidad tiene ese combustible? Por lo poco que yo sé, todavía no es del dominio público…

Herndon se puso serio.

—Hace cosa de un par de años, se produjo una explosión en uno de los laboratorios de la Moorson Energy. Pedro Díaz y Jan van Rijhn, dos de los mejores cerebros de la compañía, murieron en el acto.

—Ha averiguado usted muchas cosas, John.

—Sí, pero todavía me faltan por saber muchas cosas más. Por ejemplo, ¿dónde diablos está ese maldito asteroide asesino?

* * *

Imyria entró en su casa, cargada con un montón de paquetes, que se le cayeron de las manos al verse frente a su hermana gemela.

Un agudo chillido se escapó de sus labios.

—¿Qué hace usted aquí? —preguntó.

Sonó una risita maliciosa.

—Mi robot, a quien suelo llamar Billy, ha dado el visto bueno a esta exacta reproducción de la hija del capitán
D'Nyr.

Imyria se volvió. Apoyado en la jamba de la puerta que conducía

a la cocina, Herndon sonreía maliciosamente.

—¿Por qué ha hecho usted esto? —preguntó.

Herndon se acercó a la muchacha, tomó uno de sus brazos y la hizo sentarse en una butaca.

—Nina, siéntate enfrente —ordenó.

El robot, con la figura y el rostro de Imyria, obedeció. Herndon se inclinó y empezó a recoger los paquetes caídos.

—Imyria, su doble se llama Nina, pero cuando usted y yo estemos de viaje, responderá a su nombre y apellido —dijo—. Ahora, cuéntele cosas de su vida, para que pueda contestar a las preguntas que tal vez le hagan por videófono.

—¿Y si alguien viene a casa?

—Se dará cuenta del engaño, pero ya será tarde.

Imyria respiró profundamente.

—Creo que ya comprendo —dijo.

La grabación de instrucciones duró largas horas. Imyria se dio cuenta de la importancia que podía tener el robot debidamente instruido y procuró darle la mayor cantidad posible de datos. En algunas ocasiones, sin embargo, hizo salir a Herndon.

—Hay cosas que sólo deben conocer las mujeres —se justificó.

Herndon sonrió maliciosamente. Cuando ella, al fin, dio su labor por terminada, Herndon anunció que la cena estaba lista.

—Uf, me muero de hambre —confesó la muchacha—. ¿Cuándo partimos hacia Squur-I?

—Espero una información que considero poco menos que vital. No sé cuánto tardará, pero estimo que no podemos emprender el viaje sin esos informes.

—Muy bien, usted es el capitán de la nave —sonrió Imyria.

—Una palabra completamente adecuada —contestó él.

* * *

Herndon durmió en la habitación de los huéspedes. Por la mañana, madrugó bastante. Hizo un par de llamadas, pero las gestiones resultaron negativas, lo que le produjo una viva contrariedad.

De pronto, llamaron a la puerta.

Abrió con cuidado. Un individuo de unos cuarenta y tantos años y de aspecto estrafalario, con una cartera de negocios en la mano, le

miró sonriente.

—Señor Herndon, supongo —dijo el tipo.

—Sí. ¿Qué desea?

—Me llamo S'Zhath. Poseo una cierta extensión de tierras en Squur-I y desearía hacerle una oferta de venta.

Herndon parpadeó.

—No sabía que hubiese propietarios de tierras en Squur-I —dijo.

—Ciertamente, no somos muchos, pero sí algunos. ¿Puedo pasar? Le enseñaré fotografías de las tierras que deseo vender y le explicaré algunas de sus características…

—Muy bien, entre, aunque no sé si compraré.

—Por lo menos, vea algunas de las propiedades que puedo venderle.

S'Zhath abrió su cartera segundos después y sacó una colección de fotografías de gran tamaño, que extendió sobre una mesa. Apenas lo había hecho, volvió a sonar el timbre de llamada.

—Perdón —dijo Herndon.

Abrió la puerta de nuevo. Otro individuo, no menos estrafalario que el primero, apareció ante sus ojos.

—Hola —sonrió el sujeto—. Mi nombre es
V'Vnius
y soy vendedor de terrenos de Squur-I.

—Oiga, ¿es que hay una plaga de vendedores de tierras? —protestó Herndon.

—Pues, verá, yo…

De pronto, V'Vnius divisó al otro y lanzó un chillido.

—¡Traidor! Habíamos quedado en que Herndon era mi cliente —gritó.

—¡Y un cuerno! —contestó
S'Zhath
abruptamente—. Yo he llegado antes que tú. El señor Herndon me pertenece.

—Oigan, yo no soy de nadie…

Los dos vendedores hicieron caso omiso de las protestas del joven y se abalanzaron el uno contra el otro en una furiosa pelea, que provocó un estrépito impresionante. Las carteras y las fotografías volaron por los aires, junto con un par de sillas, dos jarrones y una lámpara.

El ruido despertó a Imyria, quien apareció en la sala, muy asustada.

—Pero ¿qué pasa aquí? —exclamó.

—Eso es lo que me gustaría saber —contestó Herndon, quien, en modo alguno, sentía deseos de desempeñar el papel de pacificador en aquella enconada aunque, por fortuna, inútil pelea.

Al fin, los dos vendedores se marcharon, tirándose continuamente patadas y puñetazos. Ninguno de los dos se acordó de las carteras y las fotografías que abandonaban en casa de la muchacha.

—Están locos —dijo ella furiosa—. Me han destrozado la sala…

Herndon se inclinó y recogió la cartera de

V'Vnius.

Estaba cerrada, pero la abrió y extrajo de su interior otra colección de fotografías.

—Éste, cuando menos, sí lo está —dijo.

Las fotografías que traía

V'Vnius

eran diametralmente distintas de las de

S'Zhath.

Herndon y la muchacha las contemplaron con notorio asombro.

—¿Para qué diablos querrá vender

V'Vnius

estos pedazos de desierto? —dijo Herndon—. ¿Quién querría establecerse en estos eriales?

Imyria cogió dos fotografías y las puso delante, con los brazos extendidos. En la primera de ellas se veía abundante vegetación, regada por un caudaloso arroyo. En la segunda, sólo arena, piedras y algunas raquíticas matas.

—Si yo tuviese que comprar tierras en Squur-I no dudaría en elegir —exclamó.

—Desde luego, pero ¿cómo sabemos que esos dos tipos son originarios de Squur-I? Y, ¿quién les ha dicho que yo, por ejemplo, podría comprar algún día tierras en aquel planeta?

—Su ilusión es tener una granja, ¿no?

—Pero no en un desierto, no estoy tan loco, Imyria.

—Todo esto me preocupa enormemente, John. ¿No se tratará de alguna encerrona?

—En todo caso, con no comprar…

Nina, el robot doble de Imyria, asomó en aquel momento.

—El desayuno está listo —anunció.

—Vamos, seguiremos hablando mientras desayunamos —dijo el joven.

Pero cuando terminaron, no habían encontrado ninguna explicación lógica para la presencia de los dos squurianos en la casa de la muchacha.

A los pocos momentos, llamó Billy, el robot de Herndon:

—Tengo noticias para usted, señor —dijo.

—Adelante, Billy.

—El doce de febrero de dos mil ciento noventa y tres, se produjo una explosión en el asteroide
RRK-710.
Un fragmento del asteroide se desgajó y siguió una órbita distinta, que no ha podido ser establecida todavía. Según los detectores de masas, el fragmento desgajado de
RRK-710
tiene un peso aproximado de siete millones de toneladas, lo que da un volumen de un millón de metros cúbicos. La órbita de
RRK-710
sufrió una ligera modificación, que ha sido debidamente registrada en las cartas estelares.

—La explosión, ¿fue provocada o se debió al impacto de otro cuerpo celeste?

—No hay informes sobre el particular, señor.

—Está bien, gracias, Billy.

Herndon cortó la comunicación y se volvió hacia la muchacha.

—Imyria, sospecho que esa explosión fue provocada —dijo.

—¿En qué se basa usted para creer tal cosa? —preguntó ella.

—La masa y el volumen del fragmento desgajado de
RRK-710
corresponden muy aproximadamente a la masa y el volumen del asteroide asesino —contestó el detective.

Imyria se sintió aterrada.

—Eso significa que el asteroide es guiado por la voluntad humana —dijo.

—Lamentablemente, es de creer que sea así —concordó

Herndon.

CAPÍTULO VII

—El problema estriba ahora en encontrar a ese asteroide —dijo la muchacha, veinticuatro horas más tarde, cuando ya se encontraban a bordo de la astronave que les llevaría a Squur-I.

—Si tenemos un poco de suerte, no será tan difícil —contestó él.

—¿Por qué?

La nave volaba ya con el piloto automático. Herndon abrió una carpeta y extrajo una serie de papeles, que leyó atentamente.

—He conseguido las copias de los manifiestos de embarque de una docena de astronaves que se dirigen hacia Franlonia, desde la Tierra —contestó—. Por tanto, podemos conocer la carga y la tripulación de cada una de esas naves.

—Una excelente idea —aprobó la muchacha.

Herndon se sumió en la lectura de los documentos. Al cabo de un buen rato, separó uno de ellos.

—Aquí está —dijo.

—¿De veras?

—Astronave *Lucy L*, al mando del capitán Georges. Carga: perforadoras, explanadoras, semillas, arados, herramientas y materiales eléctricos, de transmisiones y elementos prefabricados para la construcción de edificios. Añada también dos toros y doce vacas.

Ella silbó.

—No cabe la menor duda; es la próxima víctima de los piratas.

—Con toda seguridad, Imyria.

Herndon guardó los papeles. Luego se sentó ante la computadora direccional de órbitas.

Al cabo de unos momentos, dijo:

—Ahora conectaré el radar de larga distancia. Estamos en órbita

de colisión con la *Lucy L*.

Imyria se espantó.

—Chocaremos…

—Hay dos posibilidades: el asteroide asesino órbita ante nosotros, en cuyo caso lo alcanzaremos a tiempo, o bien sigue otra órbita distinta, en cuyo caso, el radar de larga distancia lo detectará antes de que alcance la órbita de la *Lucy L*. De todos modos, evitaremos toda colisión.

Herndon se puso en pie.

—No se preocupe —sonrió—; el radar tiene conectado un poderoso timbre de alarma, capaz de despertar a los muertos.

—Eso significa que se va a echar a dormir —adivinó ella.

—Usted también debería hacerlo.

—No puedo, mis nervios…

—Como guste. Si fracasamos, el permanecer despiertos no nos habrá servido de nada.

Herndon se fue a su camarote y se tendió en la litera, aunque vestido. A los pocos momentos, dormía como un tronco.

Imyria quedó en la cabina de mando, amplia y espaciosa. Había cuatro sillones, muy cómodos, orientables y extensibles. Minutos más tarde, hizo descender el respaldo del suyo. Notó agradablemente que se relajaba su tensión y cerró los ojos.

El timbre de alarma sonó de improviso, después de un tiempo que no habría sabido precisar. Imyria, asustada, se levantó de un salto.

Antes de que pudiera gritar, Herndon apareció en la cabina.

—Gente a la vista —dijo con buen humor.

Estudió la pantalla de radar. Había dos puntos en ella, claramente distinguibles.

—Éste es el asteroide —señaló el más grande de los dos puntos—. Lo tenemos a unos tres millones de distancia, orbitando a nueve mil kilómetros por segundo. El otro punto es la *Lucy L*, a veintidós millones y a doscientos ochenta mil kilómetros por segundo.

—¡Van a chocar! —gritó ella, aterrada.

—Todavía no. Fíjese, el asteroide se mueve en una órbita distinta, aunque sensiblemente paralela y contraria a la de la astronave. Nosotros lo alcanzaremos dentro de pocos minutos.

—¿Cuál es nuestra velocidad? —preguntó ella.

—ISL, que significa inmediatamente sublumínica, eso es, doscientos noventa y seis mil kilómetros por segundo.

—Tendrá que decelerar…

—La computadora lo está haciendo.

Imyria contempló fascinada las imágenes del radar. De pronto, Herndon encendió el telescopio.

Una pantalla enorme se iluminó en el acto. Imyria volvió la vista hacia el enorme rectángulo de vidrio deslustrado, mientras Herndon manipulaba en la computadora.

Pasaron algunos minutos. Imyria pudo apreciar claramente la aproximación de la nave al asteroide.

De pronto, la pantalla reveló unos fogonazos rojos que se encendían en varios puntos del asteroide.

—John, ¿qué es eso? —preguntó.

—Cohetes alimentados con combustible Díaz-Rijhn.

—Entonces, hay gente a bordo del asteroide.

—Sí.

Imyria volvió ahora los ojos hacia el radar. El cambio de órbita del asteroide se había hecho claramente perceptible. Ahora llevaba un rumbo casi paralelo, pero opuesto al de la *Lucy L.*

—Me pregunto si a bordo de esa nave habrán detectado ya al asteroide —dijo la muchacha.

—Es casi seguro, pero ya no tienen tiempo de corregir su trayectoria —contestó Herndon.

—¿Lo cree así?

—Hay gente en el asteroide y saben lo que se traen entre manos.

Imyria se quedó pensativa. De pronto, vio que la nave y el asteroide estaban muy cerca.

Ahora, Herndon había tomado el mando personalmente y tenía los ojos fijos en los indicadores. Durante unos segundos, Imyria se sintió con el corazón en suspenso, creyendo en la inminencia de la colisión.

Pero no era más que un engaño de los dos ojos. La nave y el asteroide habían equiparado trayectorias y ahora volaban paralelamente, aunque a una distancia de unos dos mil quinientos metros.

En la pantalla de televisión, Imyria pudo ver varias figuras en la

superficie arrugada del asteroide. De repente, se dio cuenta de que la nave, sin variar en absoluto su trayectoria, giraba en ángulo recto.

Ahora navegaba de costado, dando la proa al asteroide. Bruscamente, la joven pudo ver unas finísimas rayas que se desplazaban raudamente en el espacio.

—¡Les ataca! —exclamó.

—No —contradijo él fríamente.

Varios chispazos blancos, de gran intensidad luminosa, brillaron de repente.

—Es todo lo que necesitaba —dijo Herndon.

—¿Qué ha hecho?

—*Flash* espacial, para telefotografías. Los rayos luminosos de esas lámparas, montadas en cohetes, traspasan las máscaras de los cascos. Por tanto, cuando la máquina haya revelado las fotografías, tendremos los retratos de esa colección de piratas.

Herndon presionó dos botones más. Esta vez, las líneas luminosas tenían un mayor grosor. Pero no hubo fogonazos y sí unas luces rojas que, de súbito, surgieron en la superficie del asteroide, hacia la parte delantera.

—Puede usar unos prismáticos —indicó él—. Ahí los tiene.

Imyria aceptó la sugerencia. Por medio de los gemelos, pudo ver a los hombres que estaban en el asteroide, quienes corrían a grandes saltos, hacia el lugar donde habían surgido grandes llamaradas rojas.

—¿Qué es eso? —preguntó.

—Dos cohetes, con garfios en la cabeza. No son de gran potencia, pero su acción durará quince o veinte minutos. Por supuesto, antes de sesenta segundos, la trayectoria del asteroide habrá variado una décima de grado, suficiente para pasar a tres o cuatro kilómetros de la *Lucy L*.

Ella lanzó una exclamación.

—¡Pero los piratas pueden apagarlos…!

—El combustible de los cohetes es vulgar y corriente, no se trata de la fórmula Díaz-Rijhn. Arderán hasta que se agote la carga.

La nave empezó a virar nuevamente, hasta que la proa quedó orientada en el mismo sentido de antes. Con los prismáticos, Imyria pudo ver a uno de los piratas, quien blandía el puño hacia la

astronave en un gesto de furia inevitable, pero, al mismo tiempo, imponente.

De súbito, cuando apenas habían pasado un par de minutos desde el lanzamiento de los cohetes correctores, Imyria vio una masa brillante que se aproximaba en sentido contrario.

La *Lucy L.* pasó meteóricamente, a menos de mil metros de la nave que ellos ocupaban. Durante una fracción de segundo, Imyria pudo entrever el enorme casco de la astronave de carga y algunas lucernas brillantemente iluminadas.

El asteroide quedaba al otro lado, a cuatro o cinco kilómetros de distancia. Imyria se sintió infinitamente aliviada al apreciar que habían salvado una veintena de vidas.

* * *

Herndon entregó una copa a la muchacha y levantó la suya.

—¡Por el feliz éxito de la operación! —brindó.

—¿Se refiere a lo pasado o al total de la misma?

—Por todo —contestó él—. Por lo pasado y por lo que ha de suceder.

—Es prematuro todavía pensar en el éxito.

—No me considero un hombre invencible, pero creo que ganaremos —repuso él—. Por cierto, ¿le gustaría localizar, en la superficie de Squur-I, el lugar donde se han descargado las naves pirateadas?

—No pensé que iríamos allí…

—La nave en que viajamos está equipada para tres meses, sin contar algunas armas, herramientas e instrumentos, y hasta un vehículo todo terreno —explicó él.

—Muy bien, aunque… me parece que todo esto va a costar una fortuna —objetó ella.

Herndon sonrió.

—Usted me ha hecho un anticipo, pero es preciso pensar en los seguros de las naves robadas y en la carga —contestó—. Las compañías de seguros financiarán la mayor parte de esta operación, créame.

—Oh, no me había imaginado… Pero O-Snitt procurará impedir, por todos los medios, que usted consiga el éxito.

Herndon vació su copa.

—Querida, hay algo en lo que ni el hombre más poderoso del universo podría hacer nada —manifestó—. O-Snitt puede comprar jueces, gobernadores, policías, funcionarios…, pero no podrá comprar una compañía de seguros.

—Tal vez tenga la suya propia, John.

—Sí, tiene una; pero metió la pata, puesto que los piratas atacaron naves aseguradas en otras empresas. Como puede comprender, estas empresas tienen muchísimo interés en recuperar, al menos, parte del dinero que pagaron por los seguros de las naves atacadas y por los tripulantes muertos. Y, créame, contra esa coalición, O-Snitt es absolutamente impotente.

—Bueno, usted actúa también por cuenta de esas compañías. Pero supongamos que fracasa. ¿Qué harán los aseguradores?

—Una compañía de seguros jamás renuncia a recobrar el dinero que ha pagado por un siniestro, cuando se demuestra que éste fue intencionado. Si yo no interviniera, lo haría otro investigador y otro y otro…

—En resumen, O-Snitt está perdido.

—Aún no hemos acabado con él —dijo Herndon.

—Pero hay algo que se me ocurre. Si O-Snitt quiere establecer funciones en Squur-I, ¿por qué no comprar los elementos necesarios, en lugar de recurrir a la piratería?

—Ha tenido que hacerlo a la fuerza, porque le fue denegado el permiso de colonización de Squur-I —respondió él.

—Por tanto, esos establecimientos que ha fundado o está en trance de fundar, son ilegales.

—Exactamente.

—Entonces, se comprende lo de la piratería. Pero ¿le resultará ese planeta lo suficientemente rentable como para correr todos estos riesgos?

—Eso es lo que vamos a averiguar nosotros —contestó Herndon.

Capítulo VIII

Cuarenta y ocho horas más tarde, Imyria se levantó y, después del aseo, pensó en preparar el desayuno. Antes de hacerlo, se acercó a la cabina de mando.

Le gustaba contemplar el maravilloso espectáculo del cielo, siempre igual y siempre cambiante. Era algo de lo que no se cansaba jamás.

Durante unos minutos, permaneció estática, convertida en una estatua en la que sólo se advertía el leve movimiento de su seno. De pronto, cuando se iba a retirar, vio una chispita de luz roja a lo lejos.

La chispa creció rápidamente, transformándose en una raya, que aumentaba de tamaño con aterradora rapidez. Antes de que Imyria pudiera emitir un grito, algo pasó a cortísima distancia de la nave, dejando tras sí una ancha estela de llamas y chispas rojas y amarillas.

—¡John! —chilló, espantada—. ¡Nos atacan!

Debido al susto que tenía, ni siquiera se le ocurrió usar el interfono. Durante unos segundos, se notó pálida y temblorosa, con las piernas inseguras. El torpedo, había podido apreciarlo claramente, a pesar de su espantosa velocidad, había pasado a menos de cincuenta metros de la nave.

Herndon apareció en la cabina, todavía a medio vestir y con el pelo revuelto. Lo primero que hizo fue tocar unas cuantas teclas. Luego bajó una palanca de puño rojo.

Las luces interiores se atenuaron casi por completo. Unos segundos después, Imyria divisó la segunda chispita roja en el fondo del espacio.

—Ahí viene otro torpedo —dijo él—. Agárrese, Imyria.

Las manos de la muchacha se crisparon sobre el respaldo del sillón, tras el que se encontraba. Bruscamente, creyó que nacía un sol.

La nave sufrió una horrible sacudida. Imyria gritó al ser lanzada por el suelo. Herndon cayó, pero se levantó en el acto.

—John, ¿qué ha pasado aquí? —preguntó ella, aterrada.

—Ha tenido la suerte de ver el primer torpedo. También la hemos tenido con la puntería del artillero. Si hubiese acertado a la primera, ahora seríamos polvillo cósmico.

—Pero nos han alcanzado…

—Estamos protegidos por una esfera de energía, la cual ha activado los mecanismos de explosión a unos treinta kilómetros de distancia. ¡Han disparado otro torpedo! ¡Agárrese!

Imyria contempló con ojos expectantes la trayectoria del siguiente proyectil. Cuando presintió que se iba a producir la explosión, apretó fuertemente los labios y cerró los ojos.

La sacudida fue enorme, como la vez anterior. Un cuarto torpedo estalló a la misma distancia y con idénticas consecuencias.

Las luces interiores de la nave ganaron algo en intensidad.

—Imyria, ruegue para que esos bandidos hayan consumido su provisión de torpedos —dijo Herndon con voz tensa.

—¿Por qué, John?

—La esfera de energía es efectiva contra esos proyectiles, pero, al mismo tiempo, agota las posibilidades de la nave.

—No entiendo…

—Nuestros motores han quedado casi exhaustos. Prácticamente, toda su energía se ha ido en contener esos torpedos.

Imyria sintió que se quedaba sin respiración.

—¿No tiene usted torpedos para responderles? —preguntó.

—Sólo cargué dos y eran simplemente propulsores, sin cabeza destructora —respondió él.

Los motores de la astronave habían recobrado algo de su energía consumida, pero los indicadores señalaban su casi total agotamiento. Apenas si daban fuerza suficiente para la luz y algunos mecanismos muy sencillos. Herndon probó de encender las pantallas del radar y el telescopio, pero no consiguió ningún resultado.

—Esperemos —dijo.

Pasaron algunos minutos. En cualquier momento, pensó Imyria, llegaría el disparo fatal, que les destruiría, junto con la nave.

De pronto, vio un chispazo plateado.

—Ya está —exclamó.

—No —corrigió Herndon—. Es el brillo de la astronave pirata, que se nos acerca.

Usó los prismáticos y luego se los pasó a la muchacha. La nave pirata se acercaba, corrigiendo su trayectoria con leves disparos de los chorros direccionales. Media hora más tarde, algo destelló en la proa.

—Morse —dijo Herndon.

Imyria no entendía aquel antiguo código. Al cabo de unos segundos, Herndon tradujo el mensaje:

—Nos avisan que no opongamos resistencia o nos destruirán. Van a tender un túnel de comunicación para pasar a bordo. Sea prudente, Imyria.

—Sí, John.

Con ojos llenos de lágrimas, Imyria pudo ver la astronave pirata, enorme, amenazadora, al lado de la cual la de Herndon parecía un minúsculo botecillo. Poco después, algo serpenteó por el espacio y fue a adosarse al casco de la nave capturada.

* * *

Los hombres que entraron en la nave eran seis, todos ellos vestidos con monos de tejido brillante y color negro. Sus facciones resultaban invisibles, a causa de las capuchas de la misma tela, que tenían solamente las aberturas justas para los ojos, la nariz y la boca.

—Soy el capitán —se presentó uno de los enmascarados—. Siento lo que voy a hacer con ustedes, pero no me queda otro remedio.

—Estamos en sus manos, señor… —dijo Herndon. El pirata no contestó. Hizo un gesto y sus acompañantes se dirigieron inmediatamente al interior de la nave.

—Señor Herndon, hace dos días nos estropeó usted una operación que podía habernos rendido grandes beneficios —manifestó el pirata—. Si se tratara solamente de mí, la cosa no

ofrecería la menor duda; los lanzaría inmediatamente al espacio, sin trajes de vacío, por supuesto. Afortunadamente para ustedes, obedezco órdenes.

—¿También obedecía órdenes cuando atacaron la *Nikkaid*? —preguntó Imyria, llena de indignación.

—Sí —respondió el desconocido fríamente—. Y ahora, por favor, esperemos el resultado de las investigaciones que están haciendo mis subordinados.

—Usted es también un subordinado, por lo que he deducido —dijo Herndon—. ¿De O-Snitt?

—No contestaré a preguntas que me parezcan capciosas o impertinentes.

El pirata guardó silencio. Como el resto de sus compañeros, tenía en la mano una pistola. Herndon también disponía de armas, pero se había abstenido de usarlas, debido a que ni siquiera hubiera podido ejecutar algún acto desesperado y luego huir por sorpresa. La destrucción de los torpedos había dejado a la nave prácticamente sin energía.

—¿Capitán? —dijo de pronto.

—Sí, señor Herndon.

—Usted dice que no quiere matarnos. Sin embargo, disparó cuatro torpedos…

—Sabíamos que conectaría usted el escudo de energía. Por tanto, se quedaría sin ella en su nave. ¿No cree que podríamos haber acertado con el primer tiro?

Herndon se encogió de hombros.

—Yo no soy su oficial torpedista —rezongó.

El pirata sonrió bajo su máscara.

—Por lo cual, me felicito —dijo.

Los otros piratas llegaron un poco después.

—Listo, capitán —informó uno de ellos.

—Gracias.

El jefe de los piratas se encaró nuevamente con sus prisioneros.

—Mis órdenes son de conducirlos a la superficie de Squur-I y abandonarlos en la zona de Squeari con equipo mínimo de supervivencia —dijo.

—No conozco esa zona…

—Tendrá ocasión de conocerla —cortó el pirata, a la vez que se

echaba a un lado—. Por favor, tengan la bondad de abandonar la nave.

En silencio, Herndon e Imyria cruzaron el túnel de comunicación y pasaron a la astronave pirata. Un par de hombres armados les condujeron hasta una cámara, de acogedor decorado, en la que quedaron a solas.

Había una lucerna. Herndon pudo ver su nave que se alejaba lentamente en el espacio.

Minutos después, divisó un fogonazo.

—Han volado mi astronave —dijo sombríamente.

Imyria se echó a llorar.

* * *

Una navecilla auxiliar se posó en el suelo veinticuatro horas más tarde.

Los prisioneros fueron desembarcados. Dos piratas, ninguno de los cuales había dejado ver sus rostros en ningún momento, dejaron en el suelo un par de pesadas mochilas.

—Suerte —dijo, burlón, un pirata.

La nave se elevó rápidamente. Herndon y la muchacha quedaron solos.

—De modo que esto es Squeari —dijo él.

Giró lentamente sobre sus talones, describiendo un círculo de 360 grados a fin de captar con la vista los menores detalles del desolado lugar al que habían sido conducidos.

Era una llanura infinita, sin apenas vegetación, con algunas colinas que apenas alteraban su lisa superficie. Había algunas matas y abundaban las piedras. El sol brillaba con fuerza en las alturas, aunque, paradójicamente, no resultaba tan abrasador como parecía a primera vista.

—Moriremos de hambre y de sed… No hay caza, no hay agua… —gimió Imyria.

—No sea pesimista —rezongó él—. A fin de cuentas, tenemos dos equipos de supervivencia. Contamos con diez litros de agua y raciones para otros tantos días.

—¿Y después?

—Después, yo tendré mucha sed. Entonces, cortaré una de sus

venas y me beberé su sangre.

Imyria lanzó un chillido:

—¡Caníbal!

Herndon apretó los labios.

—Creí que sería más fuerte, pero no es más que una chiquilla mal criada —rezongó.

Ella alzó la barbilla.

—Voy a demostrarle que, cuando quiero, soy tan fuerte como cualquiera —dijo.

Y agarró una de las mochilas, que cargó inmediatamente a sus espaldas.

—¿Hacia dónde vamos? —preguntó.

Herndon estudió el terreno. De pronto, lanzó una exclamación ahogada.

—Venga —dijo, a la vez que se colocaba su mochila a la espalda.

Ella le siguió, dándose cuenta de que caminaba hacia las colinas que se divisaban a unos kilómetros de distancia. En el camino, encontraron un par de lomas.

—Subiré a la cumbre de esa eminencia —dijo él—. Usted siga en línea recta.

—Está bien.

Herndon alcanzó a la muchacha minutos más tarde.

—Descanse —indicó—. Creo que tengo buenas noticias.

—Antes beberé un poco de agua…

—Conténgase. Aún puede aguantar varias horas sin beber. Recuerde que sólo disponemos de diez litros.

Imyria se sentó en el suelo.

—Ha hablado de buenas noticias, creo —dijo.

—Sí, en efecto. Estamos en el centro de las tierras que quiso venderme un tipo llamado
V'Vnius.

Ella se quedó sin aliento.

—John, no bromee…

—Hablo completamente en serio. Tengo buena memoria y he reconocido esa pequeña cordillera, delante de la cual había dos lomas casi gemelas. No le digo la forma que tienen esas lomas, para no herir sus castos oídos, pero recuerdo que el detalle me chocó

cuando examiné las fotografías que el buen
V'Vnius
abandonó en su casa.

—Me siento estupefacta —confesó Imyria—. Entonces, no se trataba de dos bromistas…

—Al menos, uno no lo era.

—Pero… ¿cómo podía vender
V'Vnius
unos kilómetros cuadrados de desierto? ¿Quién iba a comprar estos páramos?

—A mí me gustaría saber mejor por qué
V'Vnius
se presentó como vendedor de tierras. Hemos de tener en cuenta que, hasta ahora, se creía deshabitado a Squur-I. Yo pensé también que se trataba de dos bromistas, pero ahora veo que no lo eran. Y no acabo de entender sus motivos.

Herndon se sentía preocupado por aquel problema que, de momento, se le antojaba incomprensible. Sin embargo, en aquellos instantes, no podía hacer nada, por lo que optó por dejarlo de lado.

Un poco después, continuaron la marcha. Al atardecer, acamparon en la falda de una de las colinas, pedregosa en parte, pero con pendientes menos acusadas de lo que parecía a simple vista.

Los equipos de supervivencia disponían de sendas tiendas de campaña. Herndon las montó. Luego preparó la cena y sirvió dos raciones de agua, de un cuarto de litro cada una.

Ella bebió un poco y luego dejó el vaso a un lado. Comió con buen apetito. De pronto, al mover la mano, derribó el vaso.

El líquido contenido se derramó junto a una mata. Imyria lanzó una exclamación de contrariedad.

—Le daré otra ración de agua —dijo él severamente, mientras contemplaba la tierra húmeda, en torno a un reseco matojo—. Pero sea más cuidadosa; otro día no habrá benevolencia.

—Lo siento —se disculpó Imyria humildemente.

La noche transcurrió plácidamente. Imyria, sin embargo, despertó antes, debido a la natural dureza del lecho, al cual no estaba acostumbrada. Echándose el pelo a un lado con la mano, salió de la tienda.

Entonces vio algo que le hizo lanzar un agudo chillido:

—¡John!

Herndon salió a gatas de la tienda, atropelladamente, con los ojos todavía cubiertos de telarañas.

—¿Qué pasa? ¿Quién nos ataca? —preguntó, alarmado.

—No…, no nos ataca nadie… Mire…

El detective se incorporó lentamente. Durante unos segundos, se negó a creer en lo que tenía ante sus ojos.

Había un arbusto de casi tres metros de altura, de gran frondosidad, con flores de brillante color rojo. Sus ramas se esparcían anchamente, formando en la parte superior un círculo de cinco o seis metros de diámetro.

—Increíble —dijo—. ¿De dónde ha salido este arbusto?

Ella le miró con ojos muy brillantes.

—John, ¿es que no se da cuenta? —exclamó—. Este arbusto es el matojo en el cual se cayó anoche medio vaso de agua.

* * *

Herndon decidió hacer otra prueba.

—Gastaré un cuarto de litro —dijo.

Llenó un vaso. Mientras, Imyria arrancaba algunas flores, que despedían un aroma sumamente agradable.

Herndon vertió agua en un par de matas. Pasarían el día en aquel lugar, decidió.

Imyria aprobó la decisión. Mientras, Herndon, después de un bocado, emprendió la marcha por las inmediaciones, a fin de explorar mejor el terreno.

La colina en cuya falda habían acampado tenía unos trescientos metros de altura sobre el nivel del suelo del desierto. Había gran cantidad de rocas en algunos sitios. Herndon cogió varias veces sendos puñados de tierra, desmenuzándolos con los dedos.

Se preguntó si aquella tierra poseía algunas condiciones especiales de fertilidad. ¿Qué hacía crecer a las plantas con tan prodigiosa rapidez?

Empezó a sospechar los motivos de la petición de colonización de O-Snitt. ¿Conocía él las fantásticas propiedades del suelo de Squur-I?

Si los vegetales, con agua, crecían tan rápidamente, ¿no se podrían recolectar varias cosechas anuales? ¿Qué sucedería en aquellos eriales, si disponiendo de agua en abundancia, se sembraba trigo y se plantaban frutales?

Al cabo de un rato, se apoyó en una enorme roca y volvió a contemplar el paisaje. Pasados unos minutos, se separó del pedrusco, notando que se movía ligeramente.

Se apartó a un lado, temiendo un derrumbamiento. Pero no ocurrió nada, por lo que emprendió el camino de regreso al campamento.

—Mire, John —indicó Imyria, muy excitada.

Las plantas que él había regado antes, habían crecido ligeramente. Su color amarillento tenía ahora tintes verdosos.

—Quizá estas plantas necesiten un riego continuo —dijo Herndon unos minutos después—. De otro modo, volverían a agostarse…

—¿Y disminuir de tamaño? No lo creo. El suelo posee unas propiedades especiales. No somos geólogos, pero me gustaría tener uno a mano, para que analizase esta tierra —dijo Imyria.

Herndon asintió. De pronto, se oyó un sordo trueno.

Los dos se volvieron al mismo tiempo. Arriba, en las inmediaciones de la cumbre, se producía un derrumbamiento.

—Rayos, ahí estuve yo hace unos minutos —dijo él.

Las rocas saltaban de sus emplazamientos, arrastradas por otra que había perdido el equilibrio. Herndon se dio cuenta de que la enorme piedra en que había estado apoyado tenía un equilibrio inestable y él lo había roto con el simple gesto de apoyar la espalda unos minutos.

Por fortuna, el alud se producía a suficiente distancia para que ninguno de los dos tuviese que temer de aquel accidente. El fragor duró un buen rato, hasta que cesó el movimiento de tierra y rocas y empezó a posarse el polvo que se había levantado.

Entonces, se oyó un agudo silbido.

Amedrentada, Imyria apretó su cuerpo contra el de Herndon. Los dos tenían la vista fija en la colina, que era de donde procedía aquel silbido.

Bruscamente, el silbido se transformó en un ruido extraño. Un segundo después, se elevó a las alturas un potente chorro de una

sustancia blanca.

Herndon se quedó atónito. Aquella sustancia parecía blanca debido a las espumas producidas por la forma en que brotaba del suelo.

Pero era agua.

—¡Agua! —chilló Imyria.

El surtidor perdió altura, pero no caudal. Herndon se dio cuenta de que las rocas habían taponado hasta entonces el manantial. Al quedar libre de obstáculos, la presión del agua había vencido la última y más delgada capa de tierra y ahora brotaba inconteniblemente, en un chorro tan grueso como el muslo de una persona.

El agua empezó a correr tumultuosamente por la ladera. Encontró un profundo hoyo, muy espacioso, lo llenó y luego siguió corriendo a través de la llanura.

Capítulo IX

Sumergida hasta el cuello, Imyria agitó un brazo.

—¡John, venga a bañarse! —gritó.

Herndon sonrió. Imyria se había precipitado al agua, sin quitarse siquiera la ropa, apenas vio que el hoyo estaba lleno.

—Más tarde —contestó.

Estaba en el borde de la corriente de agua, a cincuenta metros del hoyo, acuclillado, contemplando el suelo con ojos atentos.

La tierra perdía con rapidez su color amarillento.

Minúsculos puntitos verdes brotaban por todas partes. ¿Qué vergel no se podría conseguir en aquella zona de tan fantástica fertilidad?, pensó.

Ya había probado el agua. Era perfectamente potable, sin el menor gusto a sustancias minerales. Convendría, no obstante, un análisis del líquido. «En cuanto tenga ocasión», se propuso.

De pronto se dijo que le gustaría saber si
V'Vnius
sospechaba que se podía encontrar agua con tanta facilidad en aquella zona desértica. Pero tampoco era cosa que le preocupase por el momento.

Había algo más preocupante. Sí, disponían de agua en abundancia, lo cual alargaba considerablemente sus posibilidades de supervivencia, pero los víveres no les durarían más allá de diez días, quince, a lo sumo, recurriendo a raciones mínimas.

¿Y después?

El agua corría hacia el Sur, lo que resultaba una cierta desventaja, puesto que sabía que las tierras más acogedoras —las ofrecidas por
S'Zhath

— estaban hacia el Norte. Pero ¿a qué distancia?

Herndon se acercó a la hoya. El flujo de agua parecía inextinguible. Imyria salió y se inclinó a un lado, para escurrir su frondosa cabellera con las manos.

—Me parece un sueño —comentó, jubilosa.

—Lo lamentable es que no podamos descubrir un manantial de carne con patatas y guisantes —contestó él.

Imyria comprendió la metáfora.

—Andamos mal de víveres, ¿eh?

—Las raciones normales nos durarán diez días. Reduciéndolas, podremos tirar quince más. Después…

—No hay el menor rastro de animales. Y si Squur-I no está poblado, ¿adónde podemos ir?

—Recuerde que, en alguna parte, está la carga de las cuatro astronaves saqueadas. Alguien tiene que estar a su cuidado. Y también es preciso cuidar de los caballos y los vacunos.

—Eso es cierto, pero no debemos olvidar que nos hallamos en un planeta no mucho menor que la Tierra. ¿Cómo pensaba usted encontrar un grupo tan pequeño de personas y animales?

—Tenía en la nave un detector orgánico. Aparte de que aquí no lo tengo, emprender la búsqueda a pie me parecería una temeridad.

—Bien —dijo Imyria—, en todo eso estoy de acuerdo con usted. Fíjese en las plantas que regamos primeramente. Ya tienen casi un metro de altura. Y en las márgenes del arroyo se ven señales de hierba. Oiga, si tuviéramos nada más que un par de granos de trigo, la semana próxima podríamos recolectar ya las primeras espigas. Pero esto no son más que especulaciones. ¿Por qué no se da un baño, mientras preparo el desayuno?

La hoya estaba a unos cien pasos del campamento. Imyria echó a andar y Herndon se quitó la ropa, para sumergirse en el agua, que encontró fresca y reconfortante.

Ahora podían regar ya sin restricción alguna todos los matojos de las inmediaciones. La mayor parte del día fue dedicado a esta tarea. Al atardecer, algunas de las plantas regadas en primer lugar, alcanzaban ya alturas de dos y más metros.

Y el agua continuaba fluyendo incesantemente.

—Me gustaría hablar con

V'Vnius

—manifestó él, cuando el sol se ocultaba en el horizonte.

—¿Por qué? —preguntó la muchacha.

—¿Sabía que aquí se podría encontrar agua?

—John, pregúntese mejor por qué dos desconocidos fueron, el mismo día y a la misma hora, a venderle tierras en Squur-I. Aunque las tierras que le ofrecía

S'Zhath

fuesen mejores, también hay que tenerle en cuenta.

—Es cierto, pero no sabremos nada hasta que hayamos visto a uno de los dos. A

V'Vnius,

sobre todo.

Las especulaciones sobre el tema quedaron zanjadas con estas palabras. Poco más tarde, se dispusieron a pasar la noche, que transcurrió sin novedad.

El nuevo día les trajo un espectáculo fascinante. El suelo estaba cubierto de verdor en una faja que medía más de trescientos metros de anchura y cuya longitud era la de la corriente de agua, que se perdía en el horizonte. Algunas de las plantas superaban en altura incluso a la primera que Imyria había regado inadvertidamente.

—Si dieran frutos… —dijo él.

—Espere, no sea impaciente —le reprochó Imyria.

Después del desayuno, Herndon trepó al manantial, que brotaba con fuerza inextinguible. La cumbre estaba a unos cincuenta metros de distancia. Al otro lado, empezaba la ladera opuesta de la colina. De pronto, Herndon concibió una idea.

Bajó corriendo al campamento y rebuscó en el equipo de supervivencia. No tardó en encontrar una pequeña pala, que casi parecía de juguete, con la que volvió de nuevo junto al manantial.

Imyria observó sus movimientos y, curiosa, le siguió. Herndon manejaba ya la pala casi con furia. Ella se dio cuenta de que el detective cavaba una diminuta zanja, que no tendría más allá de veinte centímetros de ancho por otro tanto de profundidad. La tierra, relativamente blanda, facilitaba su labor.

La zanja tenía un trazado casi perpendicular al manantial, pero no era del todo paralela al suelo. Al cabo de un buen rato, Herndon hizo alto.

—Bueno, ¿quiere explicarme qué está haciendo? —preguntó

ella.

—Voy a enviar un poco de agua al otro lado de la colina —explicó Herndon—. Esta regata la contornea por completo y dado que tiene una ligera pendiente, en cuanto llegue al otro lado podremos enviar una vena de líquido en dirección Norte.

—Y eso, ¿para qué, John?

—Muy sencillo, porque de este modo tendremos agua constantemente, cuando viajemos con ese rumbo.

Imyria lanzó una exclamación de sorpresa.

—Tal vez aquí algún día, hayan animales. Ahora no los hay, esto es seguro, pero sí tienen que existir en la zona de bosques que vi en las fotografías que me enseñó
S'Zhath.
Avanzaremos a medida que el agua haga crecer las plantas. Y no olvide nunca que, donde hay bosques, también hay animales. En el equipo de supervivencia hay dos cuchillos. Construiré trampas, arcos, flechas… y podremos cazar —explicó Herndon.

Ella emitió un profundo suspiro.

—Confieso que a mí no se me habría ocurrido una cosa semejante —dijo—. Pero ¿no existirán también animales feroces?

—Tendremos que enfrentarnos con ellos. Siempre es mejor que enfrentarse con el hambre, querida.

Eran unas palabras llenas de sensatez, comprendió Imyria. Y como no le gustaba que lo hiciesen todo por ella, volvió al campamento y regresó con la segunda pala.

Al día siguiente, la regata había llegado ya al otro lado de la colina. Su trazado era el de una curva elipsoidal, incompleta, con el extremo norte a unos diez metros más bajo que el extremo sur. Una vez que la salida estuvo lista, Herndon regresó junto al manantial y, con la pala, cavó los pocos palmos que faltaban hasta la corriente.

El agua pasó inmediatamente por la desviación y empezó a deslizarse por aquel canalillo curvo. Herndon calculó que no restaba al manantial más allá de un diez o un quince por ciento de su caudal. Cuando vio que el agua corría sin dificultad, caminó de nuevo hacia el otro lado de la colina, en donde ya se hallaba la muchacha.

Poco después, el líquido se deslizaba por la ladera y alcanzaba la llanura. Herndon respiró satisfecho.

—Esperemos —dijo.

—¿Cuánto? —quiso saber ella.

—Un par de días. Es plazo más que suficiente para conocer los resultados.

Imyria asintió. Luego volvieron al punto donde brotaba el manantial. Desde allí, a doscientos metros sobre el desierto, podían ver ahora un espectáculo fascinador.

Había plantas que alcanzaban cinco y más metros de altura. La faja de verdor alcanzaba ahora más de quinientos metros de anchura, perdiéndose de vista en el horizonte. ¿Qué había de milagroso en aquella tierra?, se preguntó Herndon.

De pronto, se le ocurrió una idea.

—Ahora creo saber por qué O-Snitt quiso colonizar este planeta —dijo.

Imyria movió la cabeza.

—Yo también —contestó—. De algún modo, se había enterado de la prodigiosa fertilidad de estas tierras. Consiguiendo un permiso de colonización, habría podido vender cientos, millares de parcelas, con el beneficio consiguiente.

—Así tuvo que ser. Naturalmente, le estorbábamos unos entrometidos como nosotros, porque, comparados con la colonización de Squur-I, sus negocios son una bagatela.

* * *

Dos días más tarde, habían comprobado que el ramal desviado corría aproximadamente hacia el Norte. En sus inmediaciones, crecían las plantas y la hierba exactamente de la misma manera que en el lado sur.

—Emprenderemos la marcha hoy mismo —dijo él—. Incluso podemos corregir el curso del arroyo, si vemos que se desvía de forma inconveniente para nosotros.

—Nos quedan víveres para seis días —advirtió Imyria.

—Si los estiramos, durarán el doble. Pero tenemos que llegar a los bosques; es nuestra única posibilidad de encontrar caza.

Ella se mostró de acuerdo con aquella decisión. Levantaron el campamento y empacaron sus cosas. Cuando se disponían a emprender la marcha, los ojos de Herndon fueron heridos por una

chispa que había brillado en el cielo durante una fracción de segundo.

—Cuidado, Imyria; creo que viene alguien —dijo.

Herndon tiró de la muchacha hasta quedar ambos situados bajo la protección de un frondoso arbusto, que alcanzaba más de cinco metros. Escondidos entre el follaje, divisaron la nave que descendía del cielo con prudente lentitud.

—¿Vendrán a rescatarnos? —sugirió ella.

—¿Quién sabe que nos hemos perdido?

Imyria apreció la justeza de la objeción. De pronto, Herndon emitió un gruñido de sorpresa:

—Por todos los… ¡Es mi nave!

—¿Seguro, John? —dijo Imyria, no menos sorprendida que su acompañante.

—Ni siquiera se han molestado en borrar las cifras de la matrícula. Cuidado, guardaremos silencio a partir de ahora. Alguien va a desembarcar en estos parajes y yo tengo mucho interés en conocer su identidad.

—Pero, John, cuando nos secuestraron vimos que su nave se alejaba… La abandonaron en el espacio.

—Quizá rectificaron después. Nosotros no podíamos saberlo, puesto que estábamos incomunicados. Bien, ya la tenemos aquí…

Herndon se quitó la mochila y desenfundó el cuchillo que formaba parte del equipo de supervivencia.

—Quédese y no haga ruido —indicó en voz baja.

—Ellos deben de tener armas poderosas…

—¿No ha visto usted nunca una película sobre los pieles rojas del siglo XIX?

La nave se había posado junto al arroyo sur. Herndon se deslizó entre la abundante vegetación, que ocultaba por completo sus movimientos. A los pocos minutos, se hallaba a una veintena de pasos de la astronave.

Cuatro hombres habían desembarcado y contemplaban estupefactos el panorama que había cambiado tan radicalmente en pocos días. A uno de ellos lo reconoció Herndon y también se sintió asombrado.

De pronto, Nick Valdyver movió una mano.

—Quédate aquí —ordenó a uno de sus acompañantes—.

Nosotros vamos a explorar el manantial.

—Sí, señor —contestó el individuo.

Eran piratas, no cabía la menor duda. Vestían los ropajes negros que Herndon ya conocía, aunque no llevaban la capucha puesta.

Valdyver y los otros dos se alejaron hacia la colina. Herndon esperó unos momentos.

Segundos después, oyó la voz de Valdyver:

—Egon, ¿no fue aquí donde dejaste a la pareja?

—Me parece que sí —contestó el interpelado—. Un poco más hacia el Sur, desde luego; aunque está todo tan cambiado…

—Bien, luego investigaremos ese detalle.

Las voces se alejaron. Herndon quedó en el mismo sitio, aguardando su ocasión.

El pirata que había quedado como centinela empezó a pasearse. Un minuto más tarde, sintió que una mano le tapaba la boca, a la vez que algo, puntiagudo se apoyaba en su garganta.

—Un solo movimiento y eres hombre muerto —siseó Herndon.

El pirata se inmovilizó en el acto. Herndon le soltó un instante, golpeándole acto seguido con el puño derecho, que seguía aferrando el mango del acero. El pirata se desplomó instantáneamente.

Herndon se inclinó sobre él y lo despojó de la pistola desintegrante. Luego arrastró el cuerpo inconsciente hasta el otro lado de unas matas particularmente espesas.

Desde allí podía ver al resto de los piratas, a unos trescientos metros, casi en la cumbre de la colina. De pronto, uno de los forajidos se volvió, gritó y señaló algo con la mano.

Herndon maldijo entre dientes. Imyria no se había ocultado del todo y el pirata la había visto.

Valdyver dio una orden. Imyria, angustiada, lanzó un chillido.

—¡Aquí, Imyria, corre, pronto! —gritó Herndon.

CAPÍTULO X

Herndon se deslizó unos metros a su derecha, a fin de no ser localizado por el sonido. Valdyver y los otros se lanzaban ya en persecución de la muchacha.

—¡Aprisa, Imyria! —la apremió Herndon.

Uno de los piratas se detuvo de pronto y tomó puntería. Herndon disparó tres veces seguidas. La tierra hirvió en dos puntos. El tercer disparo convirtió en humo al pirata.

Valdyver y el otro se separaron y enviaron algunas descargas hacia el lugar donde habían partido los disparos. Herndon se había ocultado ya y las descargas se limitaron a abrasar las plantas y hacer hervir un poco el agua del arroyo.

Imyria llegó junto al joven, jadeante y sin aliento.

—Entre ahí —ordenó él.

Imyria obedeció sin vacilar. De pronto, Herndon vio movimiento entre las matas y disparó rápidamente.

Una columnita de humo subió a lo alto. De pronto, se oyó una voz:

—¡Herndon, me rindo!

—Está bien, avance con las manos en alto.

Herndon se cambió inmediatamente de lugar. Tumbado en el suelo, aguardó expectante.

Valdyver apareció a los pocos momentos, con las manos a la altura de los hombros. Herndon surgió tras él y le registró rápidamente.

—No es usted amigo de las resistencias a ultranza —dijo.

Valdyver se encogió de hombros.

—Sé reconocer cuándo he perdido —contestó. Su voz era la misma que la del jefe de piratas, reconoció Herndon—. Al mismo

tiempo, quiero hacerle una proposición.

—Primero dígame cómo encontraron este lugar —exigió el joven.

—Bueno, alguien nos dio órdenes con respecto a ustedes…

—¿Qué órdenes?

—Alguien piensa que usted y la chica pueden ser más útiles en otra parte que abandonados aquí.

—¿O-Snitt?

Valdyver permaneció silencioso. Herndon movió la cabeza.

—Está bien, ya nos han encontrado —dijo—. ¿Y qué más?

—Tenía órdenes de llevarles a Camp X.

—¿Qué es eso? ¿Dónde está?

—Lo sabrá si me deja pilotar la nave…

—¡Ni hablar! Esa proposición no me interesa en absoluto.

—Entonces, no podrá llegar a Camp X.

—Ya lo veremos. Retroceda, Nick.

El temor apareció en los ojos de Valdyver.

—¿Qué piensa hacer conmigo? —preguntó.

—No tema, no le voy a matar, aunque bien sabe Dios que se lo merece. Cerca de cien personas han muerto a sus manos. ¿Lo recuerda?

La cara de Valdyver estaba gris. Apretó los labios, pero no dijo nada.

—Se quedará aquí. Le dejaré unas raciones de comida —añadió Herndon—. Lo que le suceda a partir de ahora, ya no me importa en absoluto.

Herndon retrocedió cautelosamente hasta alcanzar la escalerilla que permitía el acceso a la nave.

—Imyria, trae algunas latas de comida —ordenó.

Ella obedeció Herndon arrojó su cuchillo momentos después.

—Es más de lo que se merece, Nick —dijo—. Tiene agua y comida. Ustedes nos dejaron aquí con mucho menos. Y no éramos unos asesinos.

Valdyver alzó el puño.

—¡No conseguirán triunfar! —gritó, cuando Herndon cerraba ya la escotilla de la nave, la cual se elevó en el espacio momentos más tarde.

Herndon hizo que el aparato ganase unos cientos de metros de

altura. Lo orientó hacia el Norte, conectó el piloto automático y buscó una botella y dos copas.

—Creo que es hora de celebrarlo —dijo, a la vez que entregaba una copa a la muchacha.

Imyria sonrió.

—La verdad, he pasado mucho miedo —declaró.

—Todo ha salido bien.

—¿Todo?

Herndon apuró su copa.

—Ahora vamos a ver de localizar ese misterioso Camp X —dijo.

—¿Qué puede haber allí, John?

—Muy sencillo: la carga de cuatro astronaves mercantes y varios corrales para los animales domésticos.

—John, ¿trató O-Snitt de recurrir al hecho consumado? Ya hay caballos y ganado vacuno, y materiales, y herramientas, y semillas… Si han fundado un establecimiento, ¿no querrá apoyarse en este hecho para eludir una sentencia de desalojo?

—Imyria, lo único que sé es que debemos ir allí y enterarnos de todo lo que hay —respondió Herndon.

La nave volaba a poco más de quinientos metros y a unos doscientos cincuenta a la hora. El suelo se deslizaba rápidamente bajo ellos. El desierto no parecía tener fin.

De pronto, Imyria reparó en un detalle.

—John, los motores de tu nave habían quedado sin energía —dijo.

—Han podido recargarlos, mediante una conexión a la nave pirata. No es difícil —explicó él.

De pronto, divisó a lo lejos una línea verde. Inmediatamente, desconectó el piloto automático, recobró el mando manual e hizo que la nave perdiese altura.

—El desierto se acaba —dijo—. He avistado el borde de la zona boscosa. Ahora bien, puesto que ignoramos el emplazamiento exacto de Camp X, lo mejor que podemos hacer es esperar hasta la noche.

—Ellos deben de tener radar…

—Lo sé. Por eso volaremos a cota mínima.

La astronave se posó en el suelo, junto al lindero de un bosque con árboles cuya altura media sobrepasaba los cuarenta metros. El

suelo estaba alfombrado de un espeso césped. No lejos del lugar de aterrizaje corría un arroyuelo. Imyria dijo que iba a tomar un baño.

—Está bien, yo prepararé la cena mientras tanto —contestó Herndon.

* * *

Durante las tres noches que siguieron, la nave volaba a ras de las copas de los árboles. Herndon consultaba constantemente el indicador de los detectores orgánicos. El instrumento dio muchas señales, pero, cada vez que conectaba el visor de rayos infrarrojos, captaba solamente animales salvajes que corrían por la selva.

La zona de vegetación parecía no tener fin. Dormían la mayor parte del día y navegaban por la noche. Camp X parecía ser un lugar fantasmagórico.

—Y, sin embargo, Valdyver hablaba en serio —dijo él.

—Querían que nos uniésemos a ellos. ¿Por qué? —preguntó Imyria.

—Tal vez alguien pensó que podíamos serle más útiles como aliados que como enemigos.

En la quinta noche de exploración, Herndon captó a lo lejos una barrera montañosa, cuya cima más alta tenía unos dos mil quinientos metros de altura. Poco después, el visor de infrarrojos señaló la corriente de un río de notable caudal.

—No sé por qué, pero me parece que estamos en el buen camino —dijo.

En la sexta noche, el detector orgánico empezó a emitir señales constantes. Herndon marcó la dirección y, a partir de aquel momento, avanzó con gran cautela.

Poco después, la pantalla mostró algunos edificios, diseminados bajo los árboles. Herndon buscó un claro. Momentos más tarde, la nave tomaba tierra a unos mil metros de los edificios.

—Creo que hemos dado ya con Camp X —dijo.

—¿Qué piensas hacer, John?

Antes de contestar, Herndon hizo unas cuantas maniobras. Luego se volvió hacia la muchacha.

—Yo me llevo un transmisor de radio —dijo—. Si te doy la orden, pulsa esta tecla. La nave se elevará automáticamente,

alejándote de todo peligro. Te llevará a Franlonia. Tú sabrás lo que debes hacer.

—Pero yo no quiero dejarte solo…

—Ahora tengo que ir solo —insistió él—. De todos modos, procuraré regresar.

—John, yo…

—Imyria, tú no estás acostumbrada a ciertas cosas. Agradezco tus buenas intenciones, pero ahora ya no estamos en las condiciones en que nos hallábamos cuando nos abandonaron en el desierto. Entonces, tenías que seguir conmigo. La cosa varía ahora, ¿comprendes?

—Tú quieres decir que yo sería un estorbo más que una ayuda —dijo ella, decepcionada.

Herndon sonrió.

—Bueno, no estás acostumbrada a moverte en silencio y en la oscuridad y no tienes entrenamiento de combate. —La besó rápidamente en una mejilla y saltó al suelo—. No olvides mis instrucciones —se despidió.

Imyria contempló al joven durante unos instantes. Segundos después, Herndon se había esfumado en las tinieblas.

Silenciosamente, rogó por su éxito.

* * *

Había una valla, pero no estaba electrificada ni tenía alarmas, según comprobó Herndon por el detector portátil que había llevado consigo. En alguno de los edificios divisó luz.

Una vaca mugió en su establo. Un poco más allá, Herndon captó el relincho de un equino.

Salvó la valla y avanzó hacia el edificio en que había luz. El establo quedó a su derecha.

Momentos después, se acercaba a la casa. Con grandes precauciones, miró a través de la ventana.

Parpadeó, asombrado. Estaba viendo a alguien cuya presencia le hacía dudar de la integridad de sus sentidos.

Wanda McDunn había realizado algunos trabajos para O-Snitt, pero ¿qué podía hacer en una colonia, ella que era tan aficionada a los lujos y las comodidades?

Wanda estaba sentada ante una mesa, en actitud de presidir una conferencia, a la cual asistían cuatro o cinco hombres. Todos ellos tenían el aspecto de ser sus subordinados.

La sorpresa de Herndon aumentó, cuando reconoció a uno de los individuos.

Era D'Thyol.

¿Cómo había escapado de la cárcel, tras ser acusado formalmente de asesinato?

Herndon comprendió que la trama era mucho más compleja de lo que se podía imaginar. Pero no le cabía la menor duda de que acabaría por conseguir las explicaciones que clarificasen por completo toda aquella serie de enigmas.

De repente, sintió algo frío en la piel del cuello.

—Amigo, esto es una pistola calibre dieciséis —sonó una voz de tonos ominosos—. Si aprieto el gatillo, lo decapitaré. ¿Entendido?

Herndon alzó los brazos.

—Está clarísimo —respondió.

Una mano le desposeyó de la pistola desintegrante. Herndon sintió tentaciones de conectar disimuladamente el transmisor de radio, pero rechazó la idea en el acto, ya que el riesgo, aun siendo grave, no alcanzaba la suficiente intensidad como para perder la nave con la retirada de Imyria.

—Andando —ordenó el individuo.

Herndon obedeció sin rechistar. Momentos después, se abría la puerta de la estancia.

—Señora, he atrapado a un espía —informó el vigilante.

Wanda se puso en pie lentamente, con los ojos desorbitados por el asombro.

—¡Tú! —exclamó.

—Ya ves —sonrió Herndon.

D'Thyol se puso en pie y sacó su pistola.

—¡Quieto! —ordenó Wanda—. Hay tiempo de sobra, Gold. John, siéntate, pero quiero ver tus manos sobre la mesa todo el tiempo. ¿Está claro?

—No hay duda alguna —contestó el detective.

—Debería preguntarle dónde están Nick y los otros —dijo D'Thyol
rencorosamente.

—Dos han muerto. Nick está vivo, pero abandonado a poca distancia del mismo sitio en que nos abandonaron, con uno de sus compinches.

—Eso es imposible. Ellos tuvieron que veros antes; en aquel desierto no hay ningún escondite… —exclamó Wanda.

—Tendrías que darte una vueltecita por allí —sonrió Herndon—. El desierto ha dado un cambio tremendo desde que nos abandonaron.

Ella frunció el ceño.

—Bien, dejemos esto por el momento —dijo secamente—. ¿Hablaste con Nick, John?

—Sí.

—Te hizo una proposición. ¿Qué contestas?

—No fue suficientemente explícito.

—Yo lo seré. No queremos tenerte frente a nosotros. Squur-I tiene posibilidades inmensas. Es una fuente de riquezas inimaginable…

—¿Por qué denegaron a O-Snitt autorización para colonizarlo?

Wanda apretó los labios.

—No quiero contestarte —manifestó con frialdad—. Pero sí te diré que ésta es tu última oportunidad.

—Es decir, si no acepto, ordenarás que me den muerte.

Ella inspiró con fuerza y su pecho resaltó con tensas curvas.

—Lo siento —contestó.

—Siempre me pareciste ambiciosa. Pero hay ambiciones honestas, perfectamente admisibles. Tú quieres llegar a la cima, aunque esta cumbre sea la de una pirámide de muertos.

—Hay asuntos en los cuales no es posible tener piedad.

—Sí, comprendo. —De pronto, Herndon se volvió hacia D'Thyol —. Oiga, ¿cómo consiguió escapar de su jaleo?

—Dinero —contestó el interpelado lacónicamente.

—Mucho debió de gastarse —dijo Herndon—. Wanda, ¿qué más tienes que decirme? —preguntó.

—¿Dónde está la chica?

—No esperarás que te lo diga, ¿verdad?

—Ella es muy distinta a ti. No está acostumbrada a ciertas cosas. Puede morir, sin necesidad de que se le haga ningún disparo…

—Si te digo dónde está, también morirá.

Sobrevino un momento de silencio. De pronto, Wanda alargó su mano izquierda y señaló el reloj que brillaba en la muñeca.

—Tienes sesenta segundos exactamente para tomar una decisión —dijo.

—Ahórrate cincuenta y nueve —contestó él.

—Piensa en Imyria.

—Oh, pienso a todas horas. Es guapísima. Y sólo tiene veintidós años.

Wanda enrojeció vivamente al comprender el significado de la respuesta.

—Te has enamorado de ella —acusó.

—Quizá.

Wanda entornó los ojos.

—Comprendo —murmuró—. Bien, te he dado un plazo. Ya han transcurrido veintiséis segundos, John.

Herndon se cruzó de brazos. Nadie habló en los treinta y cuatro segundos que faltaban.

Al terminar el plazo, Wanda movió una mano.

—Lejos de aquí —dijo sobriamente.

Herndon entendió y se puso en pie. Todavía conservaba el transmisor, diminuto, en uno de los bolsillos de su maltratada camisa. Cuando llegase el momento, avisaría a la muchacha.

Dos hombres se situaron a sus costados. Los dos estaban armados con pistolas sin retroceso, de dieciséis milímetros de calibre. Eran armas que tanto podían emplear proyectiles macizos como explosivos.

Salieron de la casa. Herndon caminó con paso firme. Los dos piratas marchaban a su lado, las manos en las culatas de sus pistolas.

De pronto, Herndon se dio cuenta de que el establo de los caballos estaba a unos treinta pasos, a su izquierda. El portón aparecía abierto de par en par.

Los esbirros caminaban a su lado, rígidos, silenciosos. De súbito, Herndon extendió los brazos. Los piratas intuyeron el gesto. Pero Herndon no pensaba lanzarlos a ambos lados, sino que agarró ambas cabezas y tiró hacia sí con todas sus fuerzas, a la vez que daba un paso atrás.

Uno de los piratas giró en parte y su cara se estrelló contra la frente de su compinche. Herndon repitió el golpe y luego arrojó a los dos hombres al suelo.

Detrás de él, mientras corría como un gamo, se escuchaban unos atroces rugidos de dolor. En la casa sonaron voces de alarma.

Antes de que nadie tuviera tiempo de reaccionar, Herndon ganó el establo.

CAPÍTULO XI

Los caballos se agitaron, nerviosos. Los gritos de alarma crecían en intensidad.

Herndon alcanzó uno de los pesebres. Tanteó con las manos y desató al caballo. No disponía más que de una simple brida, pero era suficiente.

De un salto, montó sobre el animal, oprimiendo sus flancos con las piernas. Con el cabo de la misma soga golpeó su costado, a la vez que le taloneaba con fuerza.

El caballo salió disparado al galope. Fuera del establo había algo de luz.

Herndon hizo que el animal galopase desesperadamente, azuzándolo con la voz y los gestos. El caballo, por otra parte, estaba fresco y descansado.

Era un magnífico ejemplar. De pronto, Herndon divisó la valla.

Guió al cuadrúpedo hacia el obstáculo sin vacilar. En el último instante, le hizo saltar.

Un par de pistolas chasquearon a sus espaldas. El caballo salvó la valla limpiamente y se perdió en las tinieblas del bosque, mientras Wanda se desgañitaba gritando reproches e imprecaciones.

Mientras galopaba, Herndon conectó el transmisor.

—¡Imyria! —llamó—. Ve al cuadro de mandos. Presiona la cuarta tecla de la primera fila superior. Rápido, no hay tiempo que perder.

La muchacha obedeció sin replicar. Segundos después, se encendían varios reflectores en los costados de la nave. Herndon vio las luces y encaminó a su montura hacia el resplandor.

Imyria se asomó a la escotilla. Su asombro fue enorme al ver llegar a Herndon a todo galope, montando a pelo un caballo de

magnífica estampa.

—Cielos, parece increíble…

Herndon saltó al suelo, antes de que el animal se hubiese detenido por completo.

—A tu sillón, pronto; la jauría va a salir disparada en nuestra persecución —exclamó.

Ella no se hizo de rogar. Apenas se había sentado en el sillón, se sintió envuelta por los atalajes antiaceleración, que funcionaban automáticamente en determinadas circunstancias. Herndon estaba ya sentado a su lado.

Cinco segundos después, la nave se elevaba verticalmente, con fantástica velocidad. Herndon inició luego un fortísimo zigzagueo, aunque, como pudo comprobar, era una precaución innecesaria, ya que no hubo disparos de cohetes desde el suelo.

Minutos más tarde, Herndon inició un veloz descenso en oblicuo. Al llegar al nivel de las copas de los árboles, estabilizó el aparato. Redujo la velocidad y manejó el mando que soltaba los atalajes de seguridad.

—Bueno, a salvo —exclamó jubilosamente.

—¿Querrás contarme…?

—Espera un poco, por favor.

Herndon efectuó todavía unas manipulaciones en los instrumentos. Luego se puso en pie.

—Deberías darme un trago —dijo—. Lo estoy necesitando, sobre todo después de haber escapado de una sentencia de muerte.

Imyria respingó.

—No estarás hablando en serio —exclamó.

—Te lo contaré todo cuando traigas la copa.

—Sí, John.

Minutos más tarde, Imyria estaba enterada de todo lo que había sucedido en el llamado Camp X.

—Nunca me hubiera imaginado que Wanda McDunn fuese capaz…

—Yo empiezo a sospechar que es algo más incluso de lo que nos imaginamos —dijo él.

—Habla —pidió la muchacha.

—Tengo que comprobarlo, pero no será posible por ahora. —Herndon lanzó una mirada a los instrumentos—. Por fortuna, no

nos han rastreado con el radar —añadió.

—¿Cómo lo sabes?

—Tendría que reflejarse en la grabadora de detecciones ajenas. Sencillamente, han supuesto que volvíamos a Franlonia.

—¿Y no es así?

Herndon meneó la cabeza.

—No, no volvemos a Franlonia —contestó—. Por el momento, nos quedamos en Squur-I.

—Al menos, me gustaría conocer los motivos —dijo Imyria.

—Sospecho que el desenlace del caso va a tener lugar en este planeta, así que vamos a buscarnos un buen sitio donde escondernos y pasar algunos días de descanso. ¿Te parece bien?

—¿Crees que descansaré? Los nervios no me dejarán…

—Imyria, tendrás que aprender a dominar tus nervios. ¿O prefieres que te devuelva a Franlonia y vuelva yo solo aquí?

—Oh, no, en absoluto.

Herndon sonrió.

—Entonces, tranquila y a la cama —dijo.

Ella sonrió.

—Si tú lo mandas…

—Es una orden, en efecto —confirmó él.

* * *

Imyria despertó después de una noche de sueño tranquilo y reparador. Después de asearse someramente, se vistió y pasó a la cabina de mando.

—¡John! —llamó.

Herndon no contestó. Asombrada, Imyria pudo darse cuenta de que la escotilla estaba abierta de par en par. Efluvios de plantas y flores silvestres penetraban en la nave a través del hueco.

Se acercó a la escotilla. La nave se había posado en el suelo. No lejos de aquel lugar, corría un río caudaloso, de aguas mansas y transparentes.

De pronto, Imyria divisó un gracioso animal, semejante a una gacela terrestre. Saltó de la nave y se acercó a la gacela, que se dejó acariciar sin el menor recelo.

—Vaya, me ha estropeado el asado —sonó la voz de Herndon.

Imyria se volvió.

—¿Cómo? ¿Pensabas disparar contra este pobre animalito? —se indignó.

—Tiene una carne exquisita, pero, en tu honor, la dejaré viva.

Herndon se acercó a la muchacha. Colgado del cinturón, llevaba un pájaro casi tan grande como un pavo.

—Nos contentaremos con esta gallinácea squuriana —sonrió él—. ¿Has dormido bien?

—Maravillosamente, John.

—Aguarda un momento, te haré una fotografía.

Herndon entró en la nave y salió a poco, con una cámara instantánea en las manos. Indicó a la muchacha la postura que debía adoptar junto a la gacela y disparó el objetivo.

Segundos después, entregaba a Imyria la fotografía, positivada en colores de absoluta fidelidad.

—La guardaré como recuerdo —sonrió ella.

Herndon se sentó en el suelo y empezó a desplumar el pájaro.

—En mi cuarto encontrarás otras fotografías —dijo—. Por fortuna, los que nos robaron la nave no tuvieron la precaución de revisar la cámara de largo alcance.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Imyria.

—Tiré unas cuantas placas de los que movían el asteroide. Sus rostros están impresos en las cartulinas. Servirán como prueba.

—Entiendo. Pero es preciso llevar esas pruebas…

—Las llevaremos.

—John, ¿a qué distancia estamos de Camp X?

—Unos ochocientos kilómetros. Una bagatela —contestó él.

—Es un lugar estupendo. Me gustaría quedarme a vivir aquí. Pero tendrías que comprárselo a

S'Zhath…

John —exclamó Imyria de pronto—, ¿no denegaron a

O-Snitt

su autorización para colonizar este planeta, debido a que ya estaba habitado por seres inteligentes?

—Es posible.

—Pero, entonces, ¿dónde están los habitantes de Squur-I?

—De momento, en Camp X.

—Ésos son intrusos, John.

—No sabemos dónde están los indígenas. Ya aparecerán, si lo creen conveniente.

Herndon terminó de pelar la gallinácea y luego se alejó para limpiarla. A continuación buscó los elementos necesarios. Media hora más tarde, el ave estaba sobre un improvisado asador, situado en una hoguera encendida con leña seca, de modo que no despidiera humo.

Imyria se chupó los dedos literalmente. Herndon, prudente, enterró los huesos y demás desperdicios del pájaro. Luego anunció que se iba a echar una siesta.

—¿Y si viene alguien?

—Tengo un centinela infalible —fue la calmosa respuesta del joven.

Así transcurrieron varios días, en el ocio más completo, salvo los momentos en que Herndon se alejaba para cazar. Imyria, por su parte, se había hecho amiga de unas cuantas gacelas, que acudían a comer de su mano las raíces que ella arrancaba del suelo. Dado que abundaban las gallináceas, Herndon se abstuvo de matar ninguna gacela, por consideración a la muchacha.

Seis días más tarde, hacia el mediodía, mientras Herndon estaba en su cotidiana expedición de caza, Imyria sintió calor y decidió bañarse en el río. Estuvo nadando largo rato y luego salió para secarse. Cuando terminaba de vestirse, un hombre de sonrisa cínica apareció ante ella.

Imyria se quedó sin aliento.

—Un espectáculo muy agradable —dijo el sujeto. De pronto, se metió dos dedos en la boca y lanzó un penetrante silbido.

Otro hombre apareció a los pocos instantes.

—Vaya, la chica está aquí —dijo.

Imyria recobró el habla.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó.

—Yo me llamo Marey —dijo el que había aparecido en primer lugar—. Éste es Riffert. Es todo lo que necesita saber.

—Y nosotros necesitamos saber dónde está Herndon —manifestó Riffert.

—No lo sé. Salió a cazar…

—Es lo mismo —exclamó Marey—. Riffert, ya la tenemos. Vámonos. Herndon la seguirá inevitablemente.

Imyria comprendió que Wanda McDunn había sospechado que Herndon no había abandonado Squur-I, por lo que había decidido enviar exploradores. Dos de ellos la habían encontrado, eso era todo.

—Vamos, a la nave —ordenó Marey.

—Si nos llevamos la nave, Herndon no podrá seguirnos —objetó ella.

—Irá a buscarla, aunque sea a pie, pero no tema; le dejaremos un vehículo muy cómodo —rió Marey.

La joven se vio obligada a seguir a los dos piratas. Frente a la nave, en el suelo, vio un extraño artefacto, cuya utilidad no comprendió en el primer momento.

Entraron en la nave. Imyria fue encerrada en su camarote. Riffert se encargó de pilotar el aparato. Dio el contacto y se oyó una explosión.

Riffert se desplomó fulminado. Marey, aturdido, comprendió que Herndon era más astuto de lo que habían creído. A fin de evitar que le robasen la nave, había dejado conectada una trampa al mando de encendido.

Pero no tardó en recobrar la serenidad. Fue al camarote de la muchacha, abrió y la ordenó salir.

—Venga conmigo.

Ella le siguió. Afortunadamente, no pasaron por la cabina de mando, lo que le evitó ver el ensangrentado cadáver de Riffert.

El artefacto que había visto antes era un propulsor de dos plazas, muy sencillo, pero de fácil manejo, según pudo apreciar momentos después, al elevarse en el aire. Marey orientó el aparato y lo dirigió hacia adelante a la máxima velocidad posible, volando en todo momento a ras de las copas de los árboles.

Herndon llegó una hora más tarde y encontró el cadáver de Riffert al pie de la consola de mandos. La ausencia de Imyria completó el conocimiento de lo ocurrido durante su ausencia.

Herndon no se inmutó. Wanda no era tan tonta como había creído, pensó, mientras, apaciblemente, se dedicaba a desplumar el pájaro que había cazado.

Capítulo XII

En el centro de la explanada, enmarcada por los edificios, había un poste. Imyria estaba atada al poste.

—No vendrá —gruñó D'Thyol.

Ella soltó una risita.

—Tienes muy poco conocimiento del corazón humano en general y del de Herndon en particular —contestó—. A estas horas, sabe que hemos capturado a su chica y vendrá a rescatarla.

—Bien, pero ¿qué harás cuando aparezca?

—Abrasarlos a los dos —contestó Wanda, con salvaje acento de odio.

Un hombre apareció en aquel momento.

—Wanda, creo que se pasa usted de la raya —dijo O-Snitt.

Ella se revolvió furiosa.

—Usted quería Squur-I —exclamó—. ¿Pensó alguna vez que lo conseguiría pacíficamente, después de que le denegaron el permiso de colonización?

—Hombre, no, pero… son ya demasiadas muertes…

Wanda le miró despectivamente.

—Le creí más duro —contestó.

O-Snitt meneó la cabeza.

—Entró a trabajar para mí, pero ahora me pregunto quién es el que manda aquí —se lamentó.

—Debiera saberlo ya —rió Wanda.

Imyria escuchaba la conversación, pero se mantenía silenciosa. Aquellas frases resultaban altamente reveladoras.

Wanda era muy peligrosa. Había decidido que Squur-I podía proporcionarle la riqueza sin límites y estaba decidida a todo por conseguirlo. Quien había ordenado la muerte de los tripulantes de

cuatro espacionaves, no se iba a detener ahora solamente por dos vidas humanas.

Era fácil adivinar lo que había hecho Wanda, de cuya vida conocía ya algunos detalles, gracias a Herndon. O-Snitt le había encomendado los primeros trabajos, pero ella, tenaz e insidiosamente, había ido minándole el terreno, hasta situarse a una altura superior. Claramente se veía que era Wanda la que daba órdenes.

O-Snitt había proporcionado los fondos en un principio. Ahora no era más que un comparsa distinguido en aquella representación, que tenía aspectos de tragedia desde el principio.

En el borde de la explanada se había levantado una torre metálica, de elementos prefabricados, que alcanzaba casi noventa metros de altura. Imyria conocía bien el objeto de aquella torre; Herndon no podría llegar ya a ras de las copas de los árboles, eludiendo así la detección del radar. El instalado en el punto más alto de la torre, detectaría la nave de Herndon en cualquier momento.

Había una docena de piratas, todos ellos armados, formando círculo en la explanada. Si Herndon llegaba a pie, después de haber viajado en la nave hasta las inmediaciones de Camp X, doce fusiles de veintidós milímetros de calibre concentrarían sobre él un fuego devastador.

—Esa chica lleva así veinticuatro horas —dijo O-Snitt—. ¿Cuándo crees que llegará Herndon?

Wanda hizo un gesto de indiferencia.

—No tenemos prisa —respondió.

D'Thyol estaba junto a ellos.

—Tengo ganas de que llegue —dijo rencorosamente.

También estaba armado, aunque con una pistola.

—Herndon es muy listo —avisó O-Snitt—. ¿Piensan que va a venir aquí, sin antes haberse comunicado con alguien?

—¿Con quién, por favor? —preguntó Wanda.

—Una patrulla del espacio, por ejemplo.

—Tengo a dos hombres que escuchan constantemente. Uno se ocupa de las emisiones cifradas. El otro de los mensajes normales. Hasta ahora, Herndon no ha llamado a nadie.

D'Thyol sacó cigarrillos y le ofreció uno. Wanda le dirigió una

cálida sonrisa.
D'Thyol
sonrió también y le guiñó un ojo.

O-Snitt captó los gestos. Empezó a pensar que allí estaba de más. Él había sufragado todos los gastos de un ambicioso plan, pero dos personas astutas le estaban dando de lado.

Tal vez le eliminarían de una forma definitiva, pensó. Era algo que no le gustaba. Hasta el momento, había tenido que claudicar. Cuando se dio cuenta de que todos los hombres obedecían a Wanda, era ya demasiado tarde.

Pero no había llegado a un puesto tan prominente por ser tonto. También él tenía sus recursos.

El tiempo transcurrió lentamente y la estrella que era el sol del planeta empezó a caer hacia el horizonte. Wanda hizo que
D'Thyol
revisara los reflectores instalados estratégicamente, para el caso de que Herndon llegara de noche.

Se habría asombrado enormemente al saber la forma en que Herndon estaba acercándose al campamento.

* * *

La nave volaba a un metro escaso del suelo. Herndon, a los mandos, tenía la vista fija ante sí y zigzagueaba continuamente para eludir los árboles que surgían ante su camino. En ocasiones, debía desviarse un poco, pero nuevamente volvía a su ruta primitiva.

El radar altimétrico mantenía constantemente a la nave a la misma distancia del suelo. De este modo, Herndon no tenía que preocuparse por el choque contra algún obstáculo imprevisto: la nave ascendía y descendía por sí misma, siguiendo en todo momento las irregularidades del terreno.

Ahora ya podía imaginarse que Díaz y Van Rijhn habían muerto después de descubrir la fórmula de su combustible, que había servido para gobernar el asteroide asesino sin dificultades. Samaia había sido en tiempo auxiliar de los dos científicos y conocía el estado de la cuestión. Por eso había sido asesinada.

Durante largas horas, viajó a través de un bosque que parecía inacabable. De pronto, creyó entrever unos edificios a lo lejos.

Inspiró con fuerza. Tras unos momentos de duda, paró los motores y dejó que la nave se apoyara en el suelo. Luego salió fuera y caminó cautelosamente, a fin de apreciar mejor la situación del campamento enemigo.

Media hora más tarde, regresaba a la nave. Ya tenía la suficiente información para poder actuar. Y la forma en que iba a hacerlo era la menos esperada por Wanda y su cuadrilla de forajidos del espacio.

* * *

El sol estaba ya muy cerca del horizonte. O-Snitt entró en la casa y se dirigió a su alojamiento. Abrió una de las maletas, sacó una pistola que había traído consigo y la puso en el cinturón. Ya no quería pasar desarmado por más tiempo.

Cuando salía, oyó un breve diálogo:

—¿Qué haremos con él, Wanda?

—Ya no nos sirve para nada. Nos ha dado todo lo que necesitábamos, Gold.

—Sí, eso creo yo. ¿Cuándo?

—Espera a que llegue Herndon. Después de que lo hayamos liquidado…

O-Snitt sonrió para sí. Su mano acarició la culata de la pistola, oculta bajo la holgada chaqueta campera que se había puesto para la ocasión. Con aire indiferente, volvió al exterior.

Aquella pareja de traidores se iban a llevar un buen chasco. Pero primero debían quitarle de en medio al peligroso Herndon. Luego él los sorprendería. Los piratas le obedecerían, estaba seguro. Ellos ignoraban los entresijos de la operación; seguían creyendo que Wanda actuaba bajo su influjo. Continuarían trabajando para él sin dificultades. ¿O no iba a servirle de nada el prestigio conseguido a lo largo de los años?

De repente se oyó un terrible estrépito.

Veinte pares de ojos se dirigieron hacia uno de los edificios, que acababa de ser arrasado por un tremendo empujón. La construcción se derrumbó en astillas, mientras pasaba por encima un aparato de reluciente metal.

Los piratas se desconcertaron. Herndon pilotaba la nave, a un

metro del suelo, dirigiéndola contra todas las construcciones, los almacenes, los cobertizos, arrasándolo todo con el poderoso impulso de su aparato, que volaba a pocos palmos del suelo. Los piratas, asustados, se dispersaron por todas partes.

Wanda lanzó un aullido de furor.

—¡Disparen contra ella! ¡Gold, mátala, mátala…!

D'Thyol sacó su pistola y apuntó hacia Imyria. Apretó el gatillo, pero, en el mismo momento, el poste al que estaba atada la muchacha se movió unos cuantos metros a su derecha. La bala impactó inofensivamente en el suelo.

Wanda vio aquello y se quedó estupefacta. De repente, vio que la astronave se dirigía hacia aquel lugar.

—¡Corre, Gold! —chilló.

D'Thyol no la oyó. Sentíase furioso por el fallo de su disparo y apuntó de nuevo a Imyria. Pero cuando hizo fuego, el poste saltó con la muchacha a gran distancia.

La astronave continuaba avanzando. Otro barracón quedó arrasado. En el establo de los vacunos, los animales mugían ensordecedoramente. De pronto, reventaron la puerta y escaparon en una loca estampida.

Los piratas, terriblemente espantados, huían sin ánimo de oponerse al ataque de la astronave. Wanda y
D'Thyol
se dieron cuenta de que tenían la partida perdida momentáneamente.

—Ven —dijo ella.

Su nave estaba a poca distancia. Era un bote auxiliar, que los llevaría hasta la astronave principal, la cual orbitaba en torno a Squur-I.

Cuando llegaron, vieron que alguien se les había anticipado. O-Snitt estaba en la puerta.

—Lo siento, pero el único que se marchará de este planeta seré yo —dijo fríamente.

El primer disparo fue para
D'Thyol.

—Asqueroso traidor —le apostrofo, mientras el sujeto caía con la cabeza destrozada.

Wanda, aterrada, intentó escapar.

O-Snitt disparó de nuevo. Ella sintió un terrible golpe en la espalda. Al mismo tiempo, notó algo horripilante. Bajó la vista y vio que el proyectil le había echado las vísceras fuera, al salir por delante. El *shock* resultó fulminante.

O-Snitt dio media vuelta y entró en la nave. Instantes después, el aparato se elevaba raudamente. Pero había llegado apenas a los cien metros, cuando algo rozó uno de sus costados y le hizo voltear a terrible velocidad por los aires.

La nave giró sobre sí misma varias veces, antes de caer al suelo y estrellarse con tremendo estrépito. Pero O-Snitt ya no se enteró de lo que había sucedido.

Herndon hizo descender su aparato en el centro de la explanada, tras el ataque a la nave de O-Snitt. A su alrededor, no había más que ruinas. Los piratas habían desaparecido.

Imyria avanzó hacia él.

—No sé qué me ha sucedido —dijo.

—¿Cómo te has soltado del poste? —preguntó él.

—¿Sabías que estaba atada?

—Sí, lo vi hace una hora escasa…

—No sé bien qué ha sucedido. Yo estaba atada al poste y D'Thyol me apuntó con su pistola. Cuando hizo fuego, el poste saltó conmigo y lo mismo hizo al segundo disparo de D'Thyol…

—Así, ¿verdad? —sonó de pronto una vocecilla burlona.

Herndon y la muchacha volvieron la cabeza a un lado. El poste estaba a tres pasos de distancia y, de repente, empezó a dar saltitos en torno a ellos.

Imyria lanzó un chillido.

—¡John, sujétame, voy a desmayarme!

Herndon la agarró por un brazo. De pronto, el poste se partió en dos trozos exactamente iguales.

—Tendremos que irnos de aquí… —gimió ella.

—¿Por qué? —dijo uno de los postes—. ¿Es que no les gusta nuestro planeta?

De pronto, Herndon creyó adivinar la verdad.

—Vamos, vamos, ¿por qué no recobran una forma… «potable»? —pidió.

Uno de los postes se transformó de pronto en
V'Vnius.
El otro resulto ser
S'Zhath.

—Hola, amigos —dijo el primero.

—¿Qué tal? —sonrió S'Zhath.

—Son polimórficos —dijo Imyria.

—En efecto —corroboró
V'Vnius.

—Pero yo estaba atada a un poste…

—El poste auténtico desapareció y nosotros «fuimos» el poste —contestó
S'Zhath.

—Bueno, son polimórficos y pueden adoptar cualquier forma en el momento en que lo deseen —intervino Herndon—. Pero ¿son los únicos habitantes de Squur-I?

—Si quisiéramos, seríamos millones, pero nos conformamos con ser dos. No tenemos necesidades… y no es que seamos eternos, pero, vaya, viviremos un poco más que vosotros —dijo
V'Vnius
—. Lo que no nos gustaba era que nadie viniese a Squur-I sin permiso nuestro.

—Entonces, por eso se le denegó el permiso de colonización a O-Snitt —dijo Imyria.

—El consejo de colonización recibió un mensaje nuestro. Alegábamos nuestros derechos ancestrales sobre Squur-I y solicitábamos, según las leyes, que se denegase todo permiso sin nuestra aquiescencia. La solicitud fue aceptada, como es lógico.

—Entonces, todos los que estamos aquí tendremos que marcharnos.

—Nos reservamos el derecho de admisión —dijo
S'Zhath
maliciosamente.

—Pero no os habéis opuesto a lo que habían hecho estos piratas.

—No nos gusta la violencia. Alguien tendría que combatirlos y era justo, porque pensaban instalarse aquí por la violencia. Nosotros examinaremos a todos los aspirantes a colonizadores y rechazaremos a aquel que no venga con el corazón limpio y el

ánimo pacífico.

Herndon sonrió.

—Recuerdo cierta pelea que se produjo en Franlonia —dijo socarronamente.

—Bueno, teníamos ganas de divertirnos un poco. Algo de diversión sana nunca está de más —contestó V'Vnius riendo.

—Sí, pero ¿por qué uno de vosotros ofrecía un paraíso y el otro un desierto?

—¿Qué elegís? —preguntó S'Zhath.

Herndon meditó unos instantes.

—Por mí el desierto, en la zona del manantial —contestó al cabo—. Pero ella…

Imyria le agarró por un brazo.

—Yo iré adonde él vaya —dijo.

—Es una buena elección —aprobó S'Zhath—. En la zona del manantial, crecerán bien los vegetales terrestres, pero no con la rapidez de los nativos. Aquí, su crecimiento estaría mucho más dificultado por las plantas indígenas.

—Creo que valdrá la pena trabajar —sonrió Herndon.

—Nunca pensé que acabaría convertida en granjera —suspiró Imyria.

—A fin de cuentas, no es una vida tan mala —contestó V'Vnius.

Herndon pasó el brazo en torno a la cintura de la muchacha. Sí, valía la pena crear un mundo nuevo, se dijo.

—Haremos que los piratas abandonen el planeta —dijo S'Zhath—. Pronto llegarán colonos y empezarán a poblar Squur-I. Nadie tendrá que pagar sumas exorbitantes por un puñado de tierra.

—Que es lo que pretendían O-Snitt y sus piratas del asteroide asesino —añadió V'Vnius—. Squur-I será la patria de las gentes amantes de la paz.

De pronto, los dos seres se convirtieron en sendos torbellinos de

humo y desaparecieron a los pocos segundos. Herndon e Imyria quedaron solos.

—Vamos —dijo él—, tenemos mucho trabajo por delante.

—¿Por dónde empezamos?

—Hay algunos cadáveres. Yo me ocuparé de enterrarlos. Tú, por ejemplo, puedes ocuparte de dar de beber a los animales. Ah, también puedes ordeñar las vacas. ¿No lo has hecho nunca?

—No, John.

Herndon sonrió.

—Ven, te enseñaré a ser granjera —dijo.

F I N

Glenn Parrish, pseudónimo de LUIS GARCÍA LECHA (Haro, La Rioja, España, 1919 - Barcelona, España, 14 de mayo de 2005).

Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo.

En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona.

El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas.

Tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir

hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos *Can-Can* y *D. D. T.*, de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de *Hazañas bélicas* y de aventuras.

Un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror,
etc.

Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis
G.
Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans.